

# PULSIONES. RELATOS VITALES

Textos de Comunidades de Escritura en Baja California



Programa de Escritura Creativa del Centro de Posgrado y Estudios Sor Juana

Tijuana, Baja California.

**Pulsiones. Relatos vitales**

**Textos de Comunidades de Escritura de Baja California**

es producto del Programa de Escritura Creativa para el reconocimiento incluyente en la educación formal e informal, del PRONACES (Conacyt).

Abril de 2021.

**Coordinación general:** Vianett Medina.

**Revisión de textos y corrección de estilo:** Liliana Lanz Vallejo.

**Edición:** Andrea Socorro Ruiz Rodríguez.

**Corrección ortográfica:** Joselin Romero, Denisse Beltrán y Ricardo de la Torre.

## Introducción

La escritura es una pulsión, dice quien escribe como por instinto. Tratando de encontrar el reflejo de esta experiencia en quienes habitan esta región, pregunto cuándo la escritura dejó de ser una necesidad, como el movimiento. Si la escritura revela los pliegues de la condición humana, ¿por qué no escribimos como si respiráramos? O por qué, al menos, no mentimos como se hace por escrito, mediante la lógica de quien recrea una realidad alterna y, en consecuencia, redentora del malestar o el sufrimiento. Acaso dejamos de habitar la imaginación producida por un salmo, una alegoría o un universo paralelo para salir del cuerpo y abandonar las manos en el lugar de trabajo. Como si en nuestra evolución informática hubiéramos perdido la sencillez de tomar lápiz -ése que nos demostraba la utilidad de los músculos lumbricales- y olvidado que su punta también sirve de llave.

En el hito pandémico del siglo, nos asimos a las tecnologías del momento -las plataformas virtuales- para volver al lápiz y al cuaderno. El vértigo produjo el milagro. Los talleres de Escritura Creativa, cuyos textos son parcialmente compilados en este volumen, detonaron una vuelta a la comunicación íntima de sus participantes mediante el relato escrito. En 2020, el Centro de Posgrado y Estudios Sor Juana recibió un apoyo del Programa Nacional Estratégico (PRONACES) del Conacyt para realizar un proyecto de escritura cuyo propósito fuera la inclusión. Egresadas y colaboradoras de nuestro Centro de Estudios participaron como mediadoras de escritura en tres comunidades elegidas por su ubicación en una zona marginal de los municipios de Tijuana, Ensenada y Mexicali. El proceso demandó distintos tipos de recursos -especialmente humanos- de modo que la experiencia se convirtió en un acompañamiento en el ejercicio de leer la propia vida.

La ruta marcada por el equipo de trabajo, que incluyó a las tres mediadoras, profesionales y personal de nuestra escuela, parecía sencilla: acompañar la escritura de historias personales y comunitarias para provocar el reconocimiento en el texto y el sentido de pertenencia. Aun con inconvenientes, la evaluación final marcó el logro de objetivos materiales:

la producción de textos; aunque dejó algo más: el encuentro profundo con alguien que, pese a estar detrás de la pantalla, accedió abrirse para percibir el dinamismo personal de cada miembro de su grupo. Una experiencia de empatía que abre camino a la meta final: las Comunidades de Escritura.

Elaboradas por cada mediadora, las Guías de Escritura colocaron en la mesa de análisis textos literarios, nativos, comunitarios, urbanos y autobiográficos para la sensibilización. Dichas guías reunían técnicas de escritura concisas y ejercicios con los que las mediadoras retroalimentaron la experiencia. En dos grupos se tuvo la presencia de especialistas en migración y género, con el fin de aclarar temas de conflicto en las biografías. El diálogo sobre los propios textos permitió reconocer no solo la valía de cada participante sino su lugar en el mundo en una generación que cambia la palabra por el algoritmo.

Espero que lo aquí compartido despierte el interés en quienes leen estos textos para iniciar el camino del autoconocimiento y comprender la región convertida o elegida como morada.

## Presentación de las mediadoras de escritura

### San Quintín

Nubia Soto Guevara

Pronunciar “San Quintín” es evocar la maravilla en que se unen el cielo, el mar y los volcanes. Tierra fértil de numerosos campos agrícolas que visten *El Valle* donde la agricultura es una actividad cotidiana. San Quintín también es casa de comunidades mixtecas, zapotecas, triquis. Es lugar al que se *migra* y se hace de la migración su identidad.

Los textos derivados del taller de escritura creativa en San Quintín fueron escritos por personas de gran talento que se atrevieron a tomar la palabra e hicieron de la escritura su espacio para construir, contar y reconocerse. A través de diversos recursos literarios y ejercicios creativos, dieron luz a más de cuarenta textos alimentados de historias y el entorno.

Algunos textos se centran en la tierra: su geografía, sus paisajes, su gente o su pluralismo cultural. Los textos sobre el *yo* son un reconocimiento identitario, escritos en primera persona y que dieron a su experiencia una forma estética. Las historias de migración son voces que muestran las relaciones entre comunidades y la creación de redes interculturales. Aquí hay narraciones que sorprenden por su calidad literaria, al tiempo que develan un reconocimiento personal y comunitario.

Mi agradecimiento a cada participante del taller por su dedicación, su ánimo, su tiempo, su valentía por contar y crear historias. Por hacer de la escritura su morada.

## Colegio de Bachilleres Siglo XXI, Tijuana

Sylvana Ríos

En el Cobach Siglo XXI de Tijuana, los participantes fueron alumnos de entre dieciséis y diecinueve años. En su mayoría tenían experiencia de lectura y de escritura creativa. Los temas que guiaron los talleres llevaron a la conciencia la formación individual y del carácter: el autorretrato, el barrio, la relación con los adultos; también la pandemia, la escuela, el género, figuras paternas y el proceso de crecer.

Sobre la metodología: cada semana se presentaba un tema junto a una lectura que abriera el diálogo. Se daban entre veinte y treinta minutos para escribir un primer borrador y, posteriormente, se leían y comentaban los textos frente al grupo. Las obras producidas transparentan la sensibilidad de la escritura joven: las incertidumbres de crecer, cambiar, ser parte de un espacio y pertenecer a la sociedad en la que se ha educado. La lectura y escritura funcionaron como medio para expresar cuestionamientos, ideas, la rebeldía y los desafíos de la adolescencia. Uno de los objetivos del taller fue abrirse al análisis de prejuicios sociales y a la reflexión sobre el entorno, las prioridades, los retos.

Cada sesión fue distinta entre sí. En ocasiones los asistentes se veían especialmente interesados en la lectura como pieza literaria o buscaban más compartir experiencias y simpatizar con la narración y con sus pares. Disfrutaron la visita de Sati Gutiérrez, socióloga especializada en temas de género y masculinidades, quien ayudó a reflexionar las expresiones de género. El grupo comenzó a experimentar con distintos recursos estéticos, dos tipos de narradores, musicalidad, saltos de tiempo, uso de guiones y estructuras textuales más complejas. En algunos casos, pedían asistencia para aprender a utilizar adecuadamente algún recurso que aún no dominaban o elegir el que mejor funcionara para las necesidades de su cuento. Esta muestra de compromiso en la escritura poco a poco fue contribuyendo a la creación de un ambiente de confianza, respeto y empatía que los asistentes apreciaron y

resaltaban conforme los textos iban evolucionando. Le dedicaban tiempo y atención a la escritura de sus textos. Esto significó un cierto nivel de respeto por la escritura y por el espacio que comenzó a conformarse en las sesiones de los viernes. Los primeros textos, como el autorretrato, no tocaban temas profundos ni hacían juicios de valor; pero conforme fue progresando el taller, los textos fueron siendo más largos: se daban opiniones fuertes sobre temas comunes, opiniones sustentadas, en algunos casos se pedía el uso de seudónimos o se consideraba la posibilidad de no publicar algunos textos.

Hablar de la pandemia permitió tener textos bastante honestos sobre lo que este cambio había significado para la rutina y los planes a futuro que habían estado preparando antes de graduarse del bachillerato. También trajo la oportunidad de analizar los beneficios que el taller había estado proporcionando al grupo: la sensación de comunidad. La ocasión de juntar en un mismo espacio y tiempo a un grupo de personas que compartían gustos e intereses similares, en un momento en el que no solamente se distanciaba físicamente sino emocionalmente. Los asistentes manifestaron los beneficios que el taller había traído a su nueva rutina, les había dado un espacio para socializar, para hablar sobre temas que les interesara, desarrollar habilidades que antes no habían tenido la oportunidad de hacer. Era algo que esperar al final de la semana.

Tal vez el trabajo escrito por los asistentes del taller no define a su generación o el curso de un país como la pandemia de COVID-19 lo está haciendo ahora. Pero el retrato individual, el recuento de las actividades cotidianas o lo extraordinario dentro de la vida de una persona podrían ser lo más valioso a rescatar desde estos ejercicios de creación. La redacción personal permite empatizar con distintos estados de ánimo y cuestionar lo que no alcanzamos a comprender o no aceptamos. Todos los textos reunidos abren una puerta a la escritura joven acerca de crecer, enfrentar retos, responsabilidades y deberes inéditos. Es una forma de reflexionar sobre la adolescencia y entrar en un mundo que otras generaciones adaptaron para sí mismas, pero que tal vez no sea el más apto para esta nueva generación.

Universidad de la Tercera Edad, Mexicali

Paloma Silva

La convocatoria del programa de Escritura Creativa para adultos mayores se realizó a través de la Universidad de la Tercera Edad de Mexicali. Se sumaron participantes de Ensenada y Tijuana que resultó en un grupo diverso y nutrido de experiencias.

El taller propuso la escritura autobiográfica como una forma de exploración y resignificación personal, para reconocerse y renovarse como agentes participativos y vitales en los escenarios culturales. Si bien la vejez se asocia a un periodo inactivo, soledad y silencio en que la sociedad margina al adulto mayor en su idea de progreso y producción, es un período para recoger frutos.

Los textos escritos por cada participante, a través de los dos meses de talleres, partieron del yo personal, suscitando a una reflexión y la empatía hacia otras formas de ser o estar. En los textos se rememoran mujeres que tuvieron que cumplir con las normas de la época y que en la escritura despliegan ahora su autonomía. También están las voces de hombres que desafiaron a su tiempo en la crianza a sus hijos. Están las voces de personas que a sus setenta años mantienen sueños y reconfiguran sus expectativas para su porvenir.

El equipo del Centro de Posgrado y Estudio Sor Juana conformado por Liliana Lanz, Vianett Medina, Sylvana Ríos, Paloma Silva y Nubia Soto agradece a las personas que nos brindaron total apoyo para la puesta en marcha de los Talleres de Escritura Creativa, especialmente a

Mario Alberto Tapia

Coordinador General de la Universidad de la Tercera Edad de Mexicali.

Myrna Angulo

Maestra titular del Colegio de Bachilleres Siglo XXI de Tijuana.

Yohanna Jaramillo

Representante del Instituto de Cultura de Baja California de San Quintín.

## ÍNDICE DE RELATOS

### MORADAS

Recuerdos de migración, Patricia Sierra

Frijol Molido, Martina Rojas

Autobiografía, Julia Pérez

Andares, Julia Pérez

Autobiografía, Cristobalino Reyes

Autobiografía, Martina Rojas

Jacinta, Norma Burrola

Infancia, Ismael López

Mexicali y sus costumbres, Gris Cervantes

Viajes, Dolores Galindo

Las ciudades, Ismael López Elizaldi

Momentos imborrables, Irma Villaseñor

El arte de crecer, Maron Mariel Páez Aduelo

### MILAGROS

La limpia del niño, Jacqueline Campos

Tres mujeres, Julia Pérez

El paisaje, Alfredo Ramírez

Ausente, Maron Mariel Páez Aduelo

Estallido de grises, Damián Lazo Gonzales

Marta, Amber Osen Minjarez Osuna

La nueva lista de asistencia, Abigail Smith

Libre albedrío: el exterminio del MMXX, Jesús Alberto Arteaga Torres

Rizos Castaños, Maylin Ávila

Asco, Brianda Yahaira García Gálvez

Susurros del corazón, Edwin Miguel Gutiérrez Salgado

## ESPECTROS

Lotería de pandemia mexicana, Jacqueline Campos

Número de lista: 19, Martina Rojas Nava

Diario en pandemia, Julia Celeste Pérez

COVID 19: una pesadilla inesperada, Cristobalino Reyes Tapia

# MORADAS



## Recuerdos de migración

Patricia Sierra

Cuando mis padres migraron en busca de una mejor condición de vida, yo era muy pequeña, pero no me acuerdo cuándo empecé a tener uso de razón!

Me percaté del sufrimiento, el maltrato, la discriminación y la desesperación que sentían mis padres al vivir en mi pueblo natal, San Martín Durazno, distrito de San Santiago Juchitán del estado de Oaxaca. Mis padres en diversas ocasiones participaban en las fiestas patronales, pero al no conseguir los tequios correspondientes, las autoridades los obligaban a cumplir con sus cuotas. Fue a partir de ese momento que mi familia se convirtió en migrante. Cuando fuimos forzados a salir de nuestra comunidad, yo tenía entre cuatro o cinco años. Viajamos de un lugar a otro, pero todo era muy difícil: las condiciones de vivienda, el rechazo por nuestra vestimenta, por no saber hablar español y, ni qué decir de las jornadas de trabajo; eran muy pesadas y llenas de explotación laboral.

Los lugares a los que partimos siempre en busca de una mejor condición de vida fueron Córdoba, Veracruz, Sinaloa y Loma Bonita para trabajar en el corte de cañas, piñas, tomates, ejotes, berenjenas y algodón. En ese entonces sentía tanto nostalgia como impotencia por no saber hablar español, pues, al no conocer mis derechos humanos, eso me hacía vulnerable. No podía defenderme, mucho menos defender a mis padres; ambos teníamos miedos de hablar porque, si exigíamos un pago justo, existía el riesgo de ser despedidos.

Recuerdo que en el año de 1974, cuando viajamos de Juchitán a Córdoba, Veracruz, mi papá trabajó quizás unos cinco meses, más o menos, en la sombra de cañas; después partimos al estado de Sinaloa, en tren de pasajeros. De ese viaje quedó en mí una mala experiencia. En los asientos del tren de enfrente venían sentadas dos señoras entre 35 o 40 años. Por la distancia y el cansancio del viaje, las dos señoras estaban bien dormidas. En eso

pasó un tipo desconocido y besó a una en la boca, así nomás, sin el consentimiento de la señora. Yo, al ver lo sucedido, me asusté mucho y les dije a mis papás: “No me voy a dormir porque tengo mucho miedo de que me haga lo mismo ese tipo aprovechado”. Recuerdo muy claro que me decía mi papá: “No tengas miedo hija. ¡Tú y tu mamá duérmense, yo las voy a cuidar!”. Al escuchar las palabras de mi papá me sentí muy protegida.

Así fue como llegamos al campamento del Gobierno en el Rancho Agrícola “El Canelo”. Mis padres trabajaron en la pizca de tomates y berenjenas, pero, como era de esperarse, cuando se terminó la cosecha mis papás se quedaron sin trabajo. No sé si la suerte cambiaría. Ahí conocimos a una familia cercana del mismo pueblo que comentaron que planeaban viajar a Camalú, Baja California. “¡Cuentan que está muy bien el trabajo y con un salario bien pagado!” Fue así que mis papás tomaron la decisión de viajar a Baja California, guiados por la familia que conocieron en el trayecto. Nosotros viajamos en el autobús rumbo a ese lugar, Baja California. Cada que llegábamos a la revisión, mi mamá me abrazaba como si fuera un bebé y me cubría con mi cobijita de estambre. Yo creo que no pagó mi boleto, por eso me escondía, porque ya cuando se iba el inspector, me decía, “Ya puedes ver, hija”.

Recuerdo ver las ciudades, edificios enormes con sus calles transitadas. Conforme íbamos alejándonos de poco en poco de la ciudad, llegamos a un desierto cubierto de arenas, tierras, cactus, y cálido insoportable. Algo que se quedó grabado es que no me dejaban ver el camino La Rumorosa. Mi madre decía que me iba a asustar por las piedras enormes, carros destrozados, llantas, fierros viejos tirados sobre los barrancos. Para mí era muy triste ver todo eso, ¿cuántas personas perdieron la vida en los accidentes? Mi madre rezaba para que Dios nos ayudara a llegar con bien a nuestro lugar de destino.

Así fue como llegamos a Camalú, Baja California. Todos estábamos muy contentos por haber llegado con bien. Por fortuna, como al mes nos encontró mi tío Pedro, hermano de mi mamá. Platicando con mis papas decía: “¡Vámonos al rancho donde yo vivo; hay un lugar para

ustedes y también los puedo recomendar para que les den trabajo!” Miraba los rostros de mis papás con ese entusiasmo de irse con la familia. Mi tío les consiguió trabajo en el Rancho Jesús Escalante, ubicado en el Estado 29. Quizá duraron un año trabajando en el corte de tomates, ejotes y zanahorias, pero, como yo era muy pequeña, no trabajaba en el campo; trabajaba en los quehaceres de la casa, lavando los trastes, cocinando los frijoles.

Después, mis padres tomaron la decisión de regresar a mi pueblo porque yo ya iba a cumplir siete años y tenía que estudiar. De esa manera ingresé a la Escuela Primaria General Cayetano Esteban, distrito de San Santiago Juxtlahuaca, Oaxaca, en el periodo escolar 1978-1983. Recuerdo haber concluido mi ciclo escolar en el mes de junio. En ese mismo año, 1983, llegó mi tío Mucio, hermano de mi mamá, a visitarnos y les comentó a mis papás: “En La Baja está muy bien el trabajo. Hasta mujeres y niñas trabajan en el campo agrícola”. Mi mamá decía que ella sí quería ir a trabajar porque ya estaba cansada de tanto hacer tortillas e ir a vender en la plaza todos los días. No tenía ni un día de descanso; por lo tanto, ya deseaba cambiar de oficio.

Recuerdo con tristeza que mi papá no estaba de acuerdo con volver a migrar porque él había sufrido mucha discriminación y explotación laboral. Mi mamá le decía: “Bueno, si no quieres ir te puedes quedar, no te voy a obligar. Yo sí me voy a ir con mi hermano y mi hija”. Esas fueron sus palabras. Mi papá tenía la esperanza de que yo dijera que tampoco quería viajar. La sorpresa que se llevó cuando mi mamá me preguntó cuál era mi opinión y que si también estaba de acuerdo en irme con ella. Al escuchar mi decisión, mi papá no tuvo otra alternativa más que aceptar, con la condición de solo ir un año y regresar porque “no es vida emigrar a otros estados; se sufre tanto en condiciones laborales como en la forma de vivir”.

Nuevamente en Camalú, Baja California, llegamos al campamento el Rancho Agua del Burro, a 20 kilómetros del este. El campamento estaba ubicado entre los cerros, cactus de pitayas y matorrales. En las noches oscuras se escuchaban los aullidos de los coyotes, el canto

de los grillos y el sonido de los murciélagos rotando por las carpas. La verdad, me daba mucho miedo. No podía dormir bien en el piso de tierra porque estaba bien duro. Vivíamos tres familias en la misma casa de carpa que parecía ser tomada de un circo. Al principio cocinamos con leña, después compramos una estufa de petróleo. Usábamos cantil de petróleo para aluzarnos y, cuando amanecía, todos teníamos los poros de la nariz llenos de humo por el cantil.

## Frijol molido, ¿con o sin limón?

Martina Rojas

- ¿Otra vez frijol molido, Malia?

-Sí, José, es lo que hay.

-Por lo menos dame un limón para cambiarlo de color y chance hasta de sabor.

-Claro, José, aquí tienes.

- ¿Por qué siempre te quejas, José? Da gracias que, aunque sea frijol molido de la cosecha de hace cinco años, todavía hay para comer.

-No, Malia; es que es lo mismo de siempre, o se come tortilla con sal, salsa o frijol molido, y entre esos tres, el platillo más interesante de siempre es el frijol molido. Es la misma historia de siempre cuando se trata de comer. Quiero comer otra cosa, quiero que comamos otra cosa; tenemos que cambiar nuestra historia y darnos una vida diferente, como lo hacen muchos que van al norte, a buscar el mentado “sueño americano”. Ya has visto algunos familiares, vecinos y otros paisanos que se van y cuando vuelven regresan con harta lana. Otros mandan dinero para sus tatas y construyen mansiones, Malia.

-Pues sí, José, pero también he visto que algunos regresan enfermos. Dicen que allá no hay descanso. Se trabaja todos los días y algunos hasta se buscan dos trabajos. Se compra todo, hasta el agua y frijol molido, José. ¡No te engañes! ¡Ah, y hay unos que ya nomas regresan pa'despedirse de sus familiares y otros que no la libran porque regresan en una caja de madera!

-Llevamos años hablando del “sueño americano”, Malia. ¡Y tenemos miedo, el mismo miedo de siempre! Pero nuestra vida no cambia. Seguimos viviendo en la misma enramada, con el Jesús en la boca, pidiendo que no salga ningún animal en la noche y haga de las suyas con

nuestros cuerpos. ¡Ya fue mucho bla-bla! ¡Arregla las cosas, yo voy a conseguir dinero para el pasaje! Y tú, prepara la comida pal'camino; por lo menos prepárate unos totopos y un pedacito de carne seca. Lo último que queda es una fecha especial, y hay que celebrar. Ya me voy; ojalá y sea la última vez en pedirle prestado dinero al tata. Ya me da pena. Yo soy quien debería darle y no él a mí. Dame tu bendición, Malia.

-Ya regresé, Malia. ¿Dónde estás?

-Aquí estoy, José, en el río, lavando. ¿Cómo te fue con el tata?

-Bien, me dijo que era lo único que tenía y que lo aprovechara porque ya no iba a haber más. Así que ten todo listo, mañana temprano nos vamos.

-Está bien, José. Ya terminé de lavar. Mejor vamos a descansar temprano, no vaya a ser que no escuchemos el primer canto del gallo.

- ¡Malia, Malia, despierta! Llegó la hora, ya el Coyote nos espera en el cruce de Las Palomas pa'encaminarnos pal "Otro lado".

-Sí, José, no te preocupes, ya todo está listo. ¡Vámonos!

*Nos fuimos en la pasajera de las 4:00 de la mañana, dejamos nuestro pueblito Vallehermoso. A lo mejor no tenía edificios, pero teníamos nuestra chocita que construimos con nuestras propias manos.*

-Malia, mujer, no estés tan distraída. Ya llegamos a Tlapa. Bájate que tenemos que tomar el autobús que va directo al cruce de Las Palomas.

-Sí, José, ya voy.

*Cada vez me alejaba más de mi familia, de mi montaña querida, de los ríos donde me chapuzaba cuando niña y el jardín hermoso que solamente regaba San Marcos. Conforme avanzaba el camión me daba cuenta de que me iba alejando más y más.*

-Hemos llegado, mujer. ¡Mira, ahí está el mentado Coyote! Sí, ¡es él! Pero calla, *shhhh*, no digas su nombre. Ese nombre no debe saberse nunca, porque es quien cambiará nuestra vida a una mejor, *shhhh*, y ponte las pilas porque esta tarde saldremos directo pa'Sonora, donde cruzaremos por nuestro sueño, y no habrá vuelta pa'trás.

-Está bien, José, lo que tú digas.

*Tomamos otro autobús para llegar directo a Sonora. En el camino iba viendo los paisajes de varios lugares desconocidos, casas, carros, árboles, plantas; pero ningún jardín se parecía al de Vallehermoso, ninguno. Así que preferí dormir.*

-José, me despiertas cuando lleguemos a Sonora. Mejor me duermo, pa'recargar pilas, como tú dices.

-Sí, Malia, duérmete pa'que no estés de curiosa; así el hambre se hace menos. Yo mantendré los ojos bien abiertos.

*Así pasamos dos días en camión, entre durmiendo y tragando saliva, ya no sabía si por el hambre o por la tristeza, pero el chofer hacía que los sentimientos fueran más suaves con la música y películas que compartía por ratos. Entre paisaje y paisaje, nos fuimos acercando a un lugar seco. Todo estaba café, arenoso. Había unos cuantos árboles nada más, y sí, había edificios, pero el lugar estaba seco, no sé por qué. Nos íbamos acercando más al lugar y escuchamos una canción: "en un camión pasajero, de esos que van pa'Sonora, yo iba cansado y con sueño cuando subió una señora con unos ojazos negros, de veras encantadora..."*

-Malia, alístate, es hora de bajar. Ya llegamos a Sonora.

-Está bien, José. ¿Y ahora qué haremos?

-Dice el Coyote que buscaremos sombra mientras se guarda el sol y sale la luna. Sí, Malia, la luna nos guiará. El Coyote nos dará la señal cuando se acerque el momento,

pa'reunirnos con él y los demás. Mira, fijate, allá está un árbol que tiene poca sombra, pero tiene... ¡Anda, mujer! Ya no estés triste; mejor ponte a rezar debajo de esa sombrita a todos los santos del pueblo pa'que nos ayuden a librar el paso. Mientras, yo voy a comprar agua.

-Está bien, José, pero no tardes, que el sol ya se está metiendo. Mientras, yo rezaré como me enseñó mi abuelo pa'que nos vaya bien. Anda, date prisa.

*“Iva yó San Martín, takuyándo santo, níma xií ista yu, níma ndí í na yuví na ndixi va´a, ná xíka ichí nu yandí kundí in ka xiyó, chintiendo chituví ndo ndu´u, na kuentondí, na yandí, chi xe kundaví ndiké kundísa xíkandi...”*

*-apenas terminé de rezar para pedirle a los santos y ancestros nos cuidaran y ayudaran en el camino, cuando escuché la voz de José.*

-Ya llegué, Malia, ya es hora. El Coyote ya dio la señal de reunirnos. ¡Vámonos!

-Ahí están, Malia. El Coyote dice que caminaremos por tres días y debemos hacer lo que nos va diciendo pa'que logremos pasar. ¿No es maravilloso, mujer? Alégrate un poquito.

-Sí, José, te escuché bien. Le pido al creador que todo resulte como piensas.

-Es hora, Malia. El Coyote ya dio la señal de caminar. Vamos a seguir a esa gente. Camina rápido para alcanzarlos; no olvides, te iré diciendo qué hacer y tú solo hazlo, sin palabras, en silencio.

-Está bien, José, así lo haré.

-Malia, agáchate, agáchate, vamos a cruzar el cerco y una vez cruzándolo ya estamos dentro. De ahí solo caminaremos para llegar a un lugar en donde nos van a recoger. Ya ves qué rápido y fácil es; tú sígueme y pronto estaremos ganando muchos dólares...

-Sí, José.

-Malia, escóndete, escóndete debajo de algún árbol.

- ¿Y cuál árbol, José? Si yo solo veo plantitas.

-Es verdad, son arbustos, mujer. Se llaman arbustos. Tú solo busca uno de tu tamaño. Ya, Malia, salte, hay que seguir al resto. Camina rápido y en silencio, como si fueras una paloma. Que nadie te oiga, que nadie te vea, como cuando yo te pretendía en el pueblo y te escondías entre los árboles, ahí sí parecías paloma; pues así mero, mujer.

-Pues sí, José, pero aquí no hay árboles.

- ¡*Chrst*, ahí viene la migra! Mira sus luces; escóndete otra vez. Anda, rápido.

-Espera, José, espera, tengo mucha sed...

-Pues toma agua y que no suenen los tragos que das. Toma poca, pa'que nos alcance, recuerda que caminaremos tres días.

*Glu, glu, glu, glu...*

-Ya para, Malia. Son tres días de camino y apenas llevamos un día. Anda, sigue caminando; el agua que tomaste te dará fuerza.

-José, José, no puedo caminar, me duele la panza. Cada que camino, mi estómago hace ruido.

-Pues sí, mujer. ¿Cómo no? Si tomaste mucha agua. Parecías camello, como si estuvieras tomándote el agua de un mes. Por eso haz caso cuando yo te diga algo, Malia, haz caso. Escucha, escucha, *chrst... chrst...*, dice el Coyote que ya libramos una noche de camino y que descansemos para seguir en cuando se vuelva a meter el sol.

-Está bien, José. ¿Y en dónde descansaremos? Hace mucho calor.

-Donde sea, mujer, entre los arbustos, debajo, y si es preciso, escarbaremos hasta encontrar el frío debajo de la arena. Pero vamos a descansar; dame agua, anda, que tengo mucha sed.

*Glu, glu, glu, glu, glu...*

-Ya, José, dame el galón. No te acabes el agua. Nos falta mucho por caminar y ya quedan solo dos litros de todo lo que compraste. Oyes, comamos algo; traigo totopos, y el último pedacito de carne seca que asé en las brasas.

-Sí, Malia, dame un pedazo, que tengo mucha hambre.

*Crunch, Crunch, Crunch...*

-Ya, José, come en silencio. *¡Shhhh, shhhh!* No vaya a ser que nos escuche alguien. Descansemos ya, porque la espera será larga.

-Malia, ve despertando. Te dormiste con tanto calor que hacía. Levántate, quítate la arena de encima y a seguir caminando. Vamos a seguir los pasos del Coyote como siempre, no se te olvide.

-Está bien, José.

-Malia, ¡corre, corre, no pares, no pares!

-Pero aquí no se puede correr, hay piedras, espinas y chance hasta hay víboras. ¿Cómo voy a correr así? Mira, José, ya se rompieron mis huaraches.

-Te lo dije, Malia, ponte esos zapatos porque el camino está duro y tú no hiciste caso, y ahora no puedes caminar.

-Pues sí, José, pero eran los huaraches que me regaló mi nana, ni modo de dejarlos, se iba a sentir mal si los veía guardados debajo de la camita de carrizo.

-¿Ya ves, Malia? Tú y tus sentimentalismos te hacen pasar estos momentos. ¡Shhh...!  
Abajo, Malia, abajo, escóndete, dice el Coyote que ya casi llegamos a otro lugar de descanso,  
*shhhh.*

-¿Ya llegamos, José? ¿Ya llegamos? ¿O falta mucho?

-Ya falta poco, mujer, ya falta poco.

-Oye, José, mis huaraches ya no me sirven; a uno le entraron espinas, otro ya se rompió.

-A ver, Malia, déjame ayudarte. No te asustes, pero te salieron muchos cayos. Te envolveré con mis pañuelos, estos que usé para enamorarte, con los que te sequé tus lágrimas cuando nos casamos, y cuando nos enojábamos y luego nos contentábamos. ¿Te acuerdas, Malia?

-Sí, José, sí me acuerdo, pero anda, ya amárralos a mis pies porque nos dejan...

-Sí, Malia, ya pronto llegaremos a otro punto a descansar, resiste otro poco.

-Sí, José, no te preocupes, seguiré caminando hasta donde pueda.

-¡Camina, camina! Agáchate, agáchate más, no nos vayan a ver... Ya puedes seguir caminando. ¡Vamos, vamos!

-Está bien, José, déjame tomar un poco de agua.

*Glu, glu, glu...*

-Dame un poco, mujer, que con verte ya me dio sed a mí también.

*Glu, glu, glu...*

—Ay, qué buena está. Espera, Malia, espera. Dice el Coyote que aquí mero descansaremos.

-Por fin, José, ya libramos la segunda noche; ya era hora, porque ya no podía dar un paso más. Seguí caminando porque mis pies estaban calientes de tanto caminar y ya no sentía el dolor, pero la verdad, ya no los siento.

-Descansa, mujer, descansa. Escarbemos un agujero más grande para que quedemos como los topos, donde solo podamos asomar la mirada al sol.

-Está bien, José.

-Malia, despierta. Ya es medio día y hace mucho calor; dame un poco de agua.

- ¿Cuál agua, José? Ya no hay.

—¿Te la acabaste?

-Nos la acabamos en el camino. Lo siento mucho, José.

-Está bien, Malia, no te preocupes, mejor volvamos a dormir. Tal vez así se nos olvide que tenemos sed.

-José, despierta, tengo mucha sed y por más que trago mi saliva... Ya no puedo más.

-Lo sé, Malia, lo sé, yo tampoco puedo más. Como sea, ya se está metiendo el sol, y en parte del camino que dejamos vi varios charquitos de agua en las rocas grandes donde pasamos. ¿Te acuerdas? Donde estaban las vacas.

-Mmm, sí, José, ya me acordé.

-Pues vamos, Malia, vamos. Es mejor tomar agua con las vacas que morir de sed.

-Ya llegamos, José, mira, ahí es.

-Sí, Malia, corre, vamos, vamos a tomar agua, lo más que podamos, como si fuéramos camellos.

*Glu, glu, glu, glu...*

-José, ya vámonos, ya es suficiente, vámonos, no nos vayan a dejar.

-Espera, Malia, espera, me duele mucho el estómago. Tomé mucha agua; eso es, seguramente eso es. Tomé tanta que ya no puedo caminar recio...

-Yo tampoco, José, yo tampoco puedo, pero espera. ¡Mira! Ya los demás se están yendo y no veo que carguen nada.

-Malia, mira cómo caminan, sin fuerzas, tal vez necesiten de nuestra ayuda.

-Sí, José, caminemos lo más rápido que podamos para ayudarles.

-Espera, Malia, detente. Mira cómo van caminando y doblegándose.

-No puede ser, José, ¡Se están cayendo uno por uno, uno por uno! ¡Corre, corre, corre lo más que puedas!

-No, Malia, escucha, es la patrulla, mira, se detuvo, allá viene otra patrulla, y va hacia los que se cayeron. Fíjate, ese es el Coyote, está huyendo hacia allá, donde se ven las luces, rumbo a esa ciudad, se está yendo. Malia, nos está dejando.

-José, me duele mucho la panza, no aguanto el dolor.

-A mí también Malia, pero aquí nos queda de dos sopas: o echamos a correr para buscar raite porque ya estamos dentro de los Estados Unidos, lo único que nos falta es llegar al punto donde dijo el Coyote, o nos entregamos, Malia. ¿Qué hacemos?

-A seguirle, José, hasta donde el cuerpo aguante y hasta donde Dios nos deje llegar.

-Está bien, Malia. Pues ya estamos por llegar, qué más podemos perder. ¡Anda, camina, corre, escóndete, camina, corre, escóndete, corre, anda, anda!

-Ya, José, lo intenté, ya no puedo más.

-No, Malia, levántate, camina, solo un poco más, solo un poco más.

-Quisiera, José, pe-ro ya no pue-do...

*No supe lo que pasó. Cuando desperté, estaba en una camilla. A mi lado estaba José, hincado y llorando.*

-Malia, has despertado, gracias a Dios. Te me fuiste y no supe qué hacer, así que corrí a buscar a la patrulla, grité, grité como pude hasta que por fin me vieron, llegaron por nosotros y nos trajeron directo al hospital. Cuando llegamos, luego, luego te pusieron suero; a mí también me iban a poner, pero no me dejé. ¿Cómo íbamos a estar los dos encamados, Malia? No, alguien tenía que cuidar al otro, pues ya no estamos en nuestro país, sino en un hospital de los Estados Unidos. Sí, logramos llegar, a un hospital, pero llegamos. El “sueño americano”, Malia, no es como lo cuentan, pos hay que apostar la vida pa’eso y no estoy dispuesto a apostar la tuya. Así que ponte bien, pronto, porque de aquí nos van a retachar pa’nuestro pueblito.

-Sí, José, gracias a Dios que estás bien y que estás animoso como siempre. *Gracias por salvarme la vida.*

*En eso se acercó un oficial de la migra y me dijo: -Madam, take good care of yourself, there are other ways to travel. This time you lost your way. Don't cross again, because maybe next time you'll lose your life, just like some of your friends who were with you.*

-Thank you, officer.

*La verdad no entendí mucho lo que quiso decir, más que no volviera, y eso era suficiente pa’darle las gracias; se me quedó algo de ver algunas películas gringas en el viaje.*

-Malia, dicen los médicos que tuviste mucha suerte, que eres una mujer fuerte y ya te dieron de alta. Vístete, que ya nos vamos pa’México, mujer. Vamos a viajar en esos carritos que vuelan como en las películas, así que prepárate.

-Está bien, José. Y no te sientas mal, yo sé que venías re-animado, pero a lo mejor no era nuestro destino.

-Sí, mi Malia, seguramente no era nuestro destino. ¿Sabes qué? Ya quiero llegar a Vallehermoso pa'que me des de comer otra vez frijol molido, con limón o sin limón, gris o morado. Prefiero seguir comiendo lo mismo mientras nuestra suerte cambie, que perderte pa'siempre.

-Así será, José. Así será.

-Malia, ¿te acuerdas cuando íbamos a los bailes en el pueblo, y cantaban la canción del tío Leónides Rojas, "*Ama kakui kuntui ñuyu*"? No entendía por qué los tíos y los tatas la bailaban con tanto sentimiento.

-Claro que sí, José, cómo olvidarla: "*Ama kakui kundui ñu yu, ama kakui kundui veyu, sasa inka ñu ndasa ñu yu, sasa in ka ve, ndasa veyu...*"

## Autobiografía

Julia Celeste Pérez Aviña

Nací rodeada de combatientes en el hospital de una base militar que lleva el nombre de un árbol, El Ciprés; tal vez la vida ya me preparaba para la batalla. Aunque vi la luz por primera vez un 22 de julio de 1984 en una ciudad vecina, porque a mi madre se le había ocurrido viajar a último momento, en mí ser entero habita San Quintín. Crecí y vivo en este valle desde mis primeros días hasta hoy. Un hogar de mujeres fuertes y sabias me cobijó. Julia Celeste, me nombró mi madre; Julia en honor a mi abuela Juliana, Celeste porque el nombre le parecía bello. A mí me gusta pensar que amaba la inmensidad del cielo.

Ninguno de mis dos nombres fui yo en mi niñez, no los conocía; era Yuli quien yo creía que era, así me nombraban desde que tengo memoria y de eso hace mucho. Mis primeros recuerdos datan de cuando tenía menos de un año. Mi madre cuenta que empecé a hablar a los ocho meses y que al año ya podía sostener una conversación. ¡Qué paciencia ha tenido mi madre al soportar a una hija que no se ha callado hasta hoy!

El hogar de mi niñez era cálido. Mi familia estaba compuesta por mi madre, mi tía Lucy y su hija Selene, nueve años más grande que yo, que se convertiría en mi hermana nacida de otro vientre, pues pasábamos mucho tiempo juntas. Siete años más tarde llegaría mi hermano a completar el clan. En los primeros años de mi infancia, mi tía y mi madre salían desde temprano a trabajar, mientras que nosotras, una niña de diez y otra de un año, nos quedábamos solas en casa, sobreviviendo la cotidianidad y rudeza de la vida.

“¡Bájate de la orilla de la pila!”, me decía Selene mientras lavaba los trastes en el lavadero del patio; pero esas palabras para una niña parlanchina de un año eran menos que un murmullo del viento. Un chapuzón en el agua es lo único que recuerdo. Después de eso sentí hundirme en un agujero negro infinito hasta que las manitas de mi prima se enredaron en mis cabellos

para sacarme de la pila. Ella, con la cara pálida del susto, me dio tremenda regañada mientras me secaba. Al final del sermón se echó a llorar y como buena compañera la seguí con mi llanto.

La niña Julia Celeste fue cantora, pensante, tímida en su primer trato con la gente y parlanchina cuando se ganaban su confianza; habitante de sus historias, sus dibujos y en la lectura de sus cuentos favoritos, creando sus propios juguetes con materiales que tenía a la mano, e inmersa en su mundo, era cuidadosa con quién dejaba entrar a él. Esa era yo.

Fui una adolescente muy callada. A los trece años empecé a trabajar como empleada doméstica en casa de una vecina y una tía. Era una actividad que no me agradaba; si bien no era un trabajo tan pesado, sentía que me ataba. Mi ser interior demandaba el tiempo de ocio y esparcimiento que toda niña de esa edad necesita.

Años más tarde clasifiqué tomate en un empaque cercano a mi casa. Las actividades agrícolas que sostienen nuestro valle forman parte también de mi historia. Tiempo después me convertí en taquera; cursaba la escuela secundaria y mis fines de semana eran muy distintos a los de las jóvenes de mi edad: despertar a las seis de la mañana sábados y domingos, manchar de grasa mi ropa. Picar verdura y carne eran actividades cotidianas que me resultaban tediosas, aunque, como todo trabajo, tenía sus cosas buenas: el aroma de un platillo recién servido y las historias que contaban las personas que atendíamos aún resuenan en mi memoria.

Con el apoyo de mi madre, una beca y mi sueldo, concluí la carrera técnica de Cultura de Belleza. Siendo muy joven tenía ya un establecimiento propio, lo que me permitió costear mis estudios de arte y mi primer automóvil. Mi vida en esos días transcurría entre mi trabajo en la estética y mis clases de arte; después de las clases, las exposiciones en varios sitios de mi localidad, luego en otras ciudades, un festival y otro, eventos, talleres, participaciones, aprendizaje.

Las faltas a mi trabajo eran cada vez más frecuentes, pero siempre anteponía el arte a mis labores como estilista; esto no evitó que mi clientela incrementara. Entre el oficio de estilista y el amor al arte pasaban mis días.

—¡No descuides tu trabajo! Es lo que te da de comer —me decían quienes consideraban las actividades artísticas una pérdida de tiempo, y me alegra, en gran manera, no haberlos escuchado nunca.

Al cabo de unos años las personas ya me reconocían como artista local; pese a esto, no había considerado dedicarme a la enseñanza hasta que una vecina insistió en que impartiera clases a su hija. Después de varias negativas de mi parte, accedí.

Desarrollé un método de enseñanza y cuando estuve lista pensé que si podía guiar a una pequeña podía hacerlo con varias, así formé un pequeño grupo de cinco integrantes. Esa pequeña niña fue la responsable de iniciar mi etapa de instructora de arte, experiencia que me ha regalado los mejores años de mi vida.

Primero en mi habitación, después en un garaje, luego en una escuela privada de mi comunidad, así comenzaron mis años en la enseñanza, pero, aún aquellos días, la mitad de mi tiempo era dedicado a mi trabajo como estilista.

Al ver que la comunidad artística crecía, me di cuenta de que necesitábamos un espacio adecuado donde pudiéramos aprender y crear con libertad. Después de buscar apoyo económico en varias instituciones, una organización canadiense decidió apoyar el proyecto y así nació “*Espacio de Arte Celeste*”, un lugar dedicado a guiar artistas, donde se puede crear en libertad. Este centro de enseñanza no es solo un sitio donde perfeccionar la técnica en el arte pictórico, es el nicho donde se encuentran personas afines que al compartir saberes fortalecen el pensamiento crítico y crean comunidad. En mis primeros años a cargo de este lugar seguía dedicando parte de mi tiempo a mi profesión como estilista, pero después de un par de años

decidí consagrarme de lleno al arte. Es la mejor decisión que he tomado en mi vida. Me ha permitido conocer artistas de otros lugares, viajar, ilustrar libros, aprender de otras personas; en una sola palabra, crecer.

Ese espacio fue el incentivo de mi acercamiento a la mediación lectora; los libros han formado parte de mi vida y siempre quise que de la misma forma mis estudiantes tuvieran ese acercamiento. El proceso fue todo un reto, la mayoría relacionaba la lectura con una obligación y no con el placer, es por eso que tomé el Diplomado de Profesionalización para Mediadores de Lectura, que además de permitirme coincidir con personas fascinantes que aportaron mucho a mi formación y con quienes pude formar vínculos, me dio las herramientas necesarias para formar comunidades lectoras que permanecen hasta hoy. Actualmente he encontrado plenitud en mi forma de vida. Dedicarme de lleno al arte y encontrarme con personas afines que comparten saberes es cálido y abrazador.

De mi madre aprendí autonomía; de mi abuela el poder de las plantas; de mi tía la irreverencia; de mis sobrinas la habilidad de adaptarme al cambio y de todas las demás mujeres con las que he coincidido, la fuerza de reconocernos diversas, capaces de aportar algo a la vida de las otras.

Es mi deseo que sigamos creciendo, que aprendamos y construyamos, que podamos continuar con actividades que acerquen a las mujeres a ser conscientes de su poder y fuerza para romper estereotipos y conductas hegemónicas, entre nosotras deconstruirnos y reconstruirnos, que las historias de vida de otras personas aporten a las nuestras, seguir tejiendo, sintiendo, ser comunidad.

La casita en la playa en la que he de terminar mis días existe solo en mis pensamientos, pero la tierra donde se edificará espera por ello; la comuna se diseña, continuará en ese sitio el intercambio de saberes, los abrazos, la claridad desde las experiencias de otras y otros, el

acercamiento al arte y la lectura, la visibilidad del poder de la mujer; continuará en ese sitio la búsqueda hasta la plenitud de nuestras vidas.

## Andares

Julia Celeste Pérez Aviña

Calle de por medio, ahora la que había sido su casa toda la vida estaba del otro lado de la calle. Juliana miraba por la ventana a su madre salir rumbo al ojo de agua con un cántaro en el hombro y recordaba que desde los siete años cambiaba viajes de agua por un alto de tortillas y una olla de frijoles porque mamá trabajaba todo el día y de papá no se sabía nada desde que se fue al norte.

—*¡Quién lo diría! Yo bien casada* —pensaba Juliana. A su mente llegaron imágenes de aquel encierro forzoso al que durante un año su madre la sometió a los trece años de edad para protegerla porque se oían rumores de que un hombre quería robársela.

Es que así eran las cosas en ese pequeño pueblo escondido entre dos cerros; a un hombre se le antojaba una jovencita y sin más, montado en su caballo a todo galope recorría las calles hasta encontrarla y con un brusco movimiento la tomaba de la cintura y la llevaba consigo al monte, a hacer lo que quisiera con ella. Después de algunos días volvían y la joven tenía dos opciones: casarse, unir su vida a la de su verdugo o quedar “burlada”, ser objeto de los juicios de una sociedad misógina y denigrante.

—*Gracias a Dios, a mí no me tocó esa suerte* —pensaba Juliana.

*Antoñalo, viviendo calle de por medio, supo esperarme, hacer crecer el amor entre nosotros. Me visitaba todas las tardes y platicábamos por la hendidura de la puerta, porque mi madre no estaba en casa y mis comadritas vecinas se iban a llenar la boca diciendo: “mírala, como no está su madre, chamaca poca vergüenza”.* No, yo soy aquí “canilla dura”, se dijo a sí misma apretando el puño.

Se oía decir en el pueblo que Antoñalo tenía otras novias.

—*Es para que no te regañe tu mamá* – decía cuando lo confrontaba, pero esto a Juliana no la derribaba. “*Yo no estoy de sobra en mi casa*”, pensaba mientras cantaba a todo pulmón. “Me importa madre”, porque de patio a patio todo se escuchaba.

—*¡Apenas puedo creer que tú seas mi esposa!* —decía Antoñalo, porque Juliana era una mujer recia, de una moral intachable que parecía incapaz de sucumbir ante los encantos ilusorios del amor del hombre.

Ahora ahí estaba, cocinando la merienda y preparándole su ropa para el viaje. Hacía cinco años que sus familias estaban de fiesta celebrando su unión. Una fila de jovencitas, todas amigas de Antoñalo, torteaban la masa echando al fogón las tortillas que acompañarían el humilde banquete.

Juliana, con los labios pintados acorazonados y un vestido blanco sencillo adornado a los hombros con encaje, lo esperaba del otro lado del patio. A lo lejos podía escucharse la canción *El Quelite.*

Al paso del tiempo llegaron los hijos; la primera, güera, ojo zarco, tanto que Antoñalo le decía en tono burlesco, “*¡Tan chula hija! Está como el cuento del celoso*”.

—*¡Ya la traía en la joroba!* —respondía Juliana con enojo—. *No seas tonto, viejo; tu papá ojo zarco, mi papá ojo zarco, somos prietos por mamá.*

La güerita no permaneció en este mundo mucho tiempo, se fue antes de poder andar.

El canto de un gallo le hizo regresar de sus recuerdos, ahora era tiempo de partir al norte, a un valle de Baja California donde decía la gente que había prosperidad y abundancia. Dejaba en su casa a su madre Lupe, a Juliana, dos hijas y un hijo, de cuatro, tres y dos años de edad, con la promesa de reencontrarse pronto.

Un año ya desde que se fue Antoñalo. Fueron dos años de desprecios, de desplantes, de maltratos, que esa comida no le gusta a mijo, que así no se hacen las tortillas, que eres una

descuidada, pero el colmo fue aquella tarde cuando, al darme cuenta que Antoñalo regresaba de trabajar, salí a su encuentro con un vaso de agua.

—*iRogona!* —dijo Lupe.

—*iRogona yo? ¡Cuántas veces por ver a su hijo la vide a usted? ¡Ráyeme!*

Nuestra guerra cesó cuando nos dimos cuenta de que no éramos tan distintas; dos mujeres sobrevivientes a la crudeza de la vida, que nos teníamos ahora una a la otra, que ganábamos más siendo aliadas, que enemigas.

Mamá Lupe era grande de espíritu, fuerte, sabia, irreverente, de sangre guatemalteca, le habitaba un temperamento inquebrantable. La partera del pueblo; ayudó a ver la luz a las primeras hijas de Juliana. Suegra y nuera fueron oponentes los primeros dos años y fuertes aliadas el resto de la vida.

Era tiempo de dejar atrás Patzimaro de Aviña. Antoñalo ya se había establecido en aquel valle, ya tenía trabajo, casita y dinero seguro; estaba en espera de su familia. Juliana tomó a sus hijos, sus pocas pertenencias y emprendió el camino. Mamá Lupe no quiso moverse de su pueblo, se aferró a su casa hasta el día de su muerte.

Jacoba, madre de Juliana, ya se había ido al valle en compañía de sus otros hijos. La familia le esperaba en aquel sitio del cual no podía hacerse una imagen concreta. Dejaba atrás las calles empedradas, los paseos en la plaza, El Hecuario, el ojo de agua que tanto le gustaba, las amigas de juventud (solo Eloísa se mudaría también a ese valle años más tarde), los callejones, sus dos casitas una frente a la otra. Cuando una migra, se lleva consigo los lugares que le vieron crecer. Ella no lo sabía, pero el resto de su vida solo podría ver esas imágenes si se asomaba a su memoria.

El autobús tardó más de tres días en atravesar el país. Juliana se maravillaba con la diversidad del paisaje tras la ventanilla. Cuanto más avanzaba, los campos verdes se tornaban marrones y los árboles eran cada vez más escasos, en su lugar, exorbitantes cactus y rocas dejaban verse. Los enormes cerros la hacían sentir cobijada; le gustaba contar cuántos de ellos podía distinguir en la lejanía.

San Quintín no era como lo había imaginado. Había muy pocas casas, todas distantes unas de las otras, algunas de gente del mismo pueblo del que ella venía. El viento levantaba el polvo todos los días. Si te quedabas un momento en silencio, podías escuchar el océano. Casi no llovía, pero cuando sucedía, todo el entorno reverdecía. Algunos cerros estaban cubiertos de campos agrícolas; en uno de ellos trabajaba Antoñalo que durante el día era campesino y por las noches músico. Esa tarde les recibió ofreciéndoles una casita de adobe junto al arroyo Santo Domingo.

—Mira Juliana, *allá en las orillas del patio vamos a hacer una cocinita de paja como la que teníamos en Patzimaró.*

—*¡La harás para ti, si eso quieres! Yo prefiero cocinar adentro.*

—*¿Pero cómo? Si allá en el pueblo así estabas.*

—*Así me tenías, bribón, así me tenías.*

Este valle era muy distinto a lo que ella conocía. “Las carpas” le decían, porque las pocas casas a orilla de la carretera de tierra parecían ser tiendas forjadas provisionalmente. La gente de este pueblo era muy diferente, huraña, desconfiada, parecían espiar por las ventanas a cada fuereño que llegaba; vestían diferente, hablaban diferente, su acento era tajante y fuerte, parecían estar enojados. Juliana, en cambio, parecía hablar cantando. Aprendió palabras nuevas: descubrió que las chaquetas son *sueras*; que el fregadero es *sinc*; que los refrescos son

*sodas*; los blanquillos, huevos; que no se decía empujar, sino *apuchar*; que la gente no hablaba inglés, pero *mexicanizaban* algunas de sus palabras.

Lo que le gustaba de este valle era que las mujeres andaban más libres, no había jinetes que se las robaran, se podía trabajar la tierra y hacerla dar frutos; Juliana amaba la vida que brotaba de ella y pronto en su patio reverdeció un huerto.

La familia creció, más hijos e hijas llegaron, ocho en total: Lucy, Angelita, Francisco, Alberto, Juan, Teresa, Carlos y Rosa. La casita junto al arroyo ya no les fue suficiente, quedó alejada de todo y había que caminar mucho para llegar a cualquier lugar. La hija mayor, viendo la necesidad, les regaló un terreno en el centro del poblado; una nueva casa se levantaba, otros árboles brotaban de la tierra, un nuevo hogar se erguía.

La nueva casa era grande; Antoñalo solo pudo recorrerla algunos años, pues partió a los 48, víctima de un cáncer que le devoró el cuerpo. Sus días de músico quedarían solo en sus canciones. Dejó a Juliana, a sus hijos y a sus hijas en aquella casa nueva. Por sus pasillos caminaron después sus nietos, quienes llenaron sus espacios de bullicio, de historias. El patio era un bosque para esas niñas y niños que trepaban por las ramas de los árboles haciendo entre ellas escondites y comiendo de sus frutos. Jugaban entre sí ignorando los caminos recorridos por el Tata y la Nana, esos andares que dieron origen a sus propias vidas, sin siquiera escuchar nombrar aquel pueblo, “*Patzimaro de Aviña*”, en el que su historia comenzó.

Estas eran ya otras vidas. Otras historias empezaban a escribirse. La identidad de la abuela y el abuelo era distinta a la de los hijos e hijas; la de los nietos era también otra. “*Somos seres impregnados de pasados construyendo con ello el futuro; nos movemos, no somos de ningún sitio ni ningún sitio es de nosotros*”, pensaba Juliana.

Han pasado más de sesenta años desde mi llegada a este valle; a Patzimaro nunca volví. He vivido más aquí que en ningún lugar. Esto es mi identidad ahora. Este sitio es lo que soy: he

visto crecer aquí a mis hijas y mis hijos, he conocido nietos y bisnietas, las semillas que sembré son ahora árboles que me cobijan, que me alimentan con sus frutos, la tierra me brinda de su providencia en todas las estaciones del año, he mediado las guerras, producto del ego de la consanguinidad, en las que nadie triunfa y todos pierden. He sobrevivido al paso del tiempo por mi cuerpo; no he tenido que ver partir de este mundo a ningún hijo o hija en su edad adulta. A mis 94 años puedo aún ver con claridad, escuchar, degustar, contar historias, tomar la pala para sembrar; aún puedo cantar y, sobre todas las cosas, andar.

Me he de morir cuando Dios quiera, no cuando la gente diga. Les he enseñado ya cómo se vive; si no me entienden, si no me atienden, “*Ahí se los haiga*”.

*Juliana partió de su cuerpo el 17 de junio de 2020 a sus 94 años, después de pasar meses en cama a consecuencia de una embolia que le paralizó la mitad izquierda del cuerpo, consciente y lúcida hasta el último momento. Acompañada de sus seres más amados, contaba historias con miradas y suspiros. Siempre quiso ser eterna; aquella mañana lo logró.*

## Autobiografía

Cristobalino Reyes

Un 5 de marzo nació el aventurero que quería vivir a prisa, ese que compartía los sueños, un niño que muchos juzgaron de loco. Aquel pequeño niño de zona rural de escasas treinta casas. Un pueblito místico llamado Guadalupe Nucate, poco visitado por su lejanía.

Era el año de 1980, época en que mi familia solía tener migraciones constantes en busca de oportunidades. Mi padre salía por temporadas y mi madre se encargaba del hogar y de las labores del campo. La marginación y la escasez económica en el sur toman rumbos inesperados. Yo era el primer hijo y, por lo tanto, el hombre de la casa; así me decían mis abuelos y mi padre. Desde muy temprana edad estuve en contacto con las labores del hogar y el campo debido a que todo el tiempo ayudaba a mi madre; recuerdo que cuidaba chivos y vacas. Con escasos cinco años de vida, en ocasiones me daban tortillas con sal para comer, las cuales compartía con mi madre y hermanos. La pobreza era bastante predominante. Mi cama era de petate y las cobijas eran delgadas, la casa era de adobe color blanco y su cocina de leña. Para mí, fueron las mejores comidas a pesar de la escasez.

Mi madre, mujer prudente y responsable. Siempre haciendo lo mejor para nuestro estilo de vida, y digo lo mejor porque sé que al pobre, teniendo nada, todo le alcanza. Recuerdo que los 10 de mayo en la escuela teníamos que regalar algo a mamá y a falta de dinero mi mamá se auto-compraba una cajita de galletas de “Surtido Rico”. Aún tengo una fotografía que alguien nos obsequió donde estoy entregándole ese regalo a mi sonriente madre. Solo ella y yo sabíamos el contenido. Aparezco atrapado en el tiempo a través de una fotografía, con mis zapatos cortados en la punta, ya no me quedaban. Eran tiempos melancólicos y tristes. Esa melancolía donde la escasez económica es un nudo en la garganta. Angelina Tapia Camacho, una buena

madre, mujer prudente, sencilla, servicial y compartida. Me dice que nunca imaginó dormir en una cama buena, mucho menos viajar, ni tener lo que mi padre y la vida con el tiempo logró darle. Mi padre, Alonso, es también mi mejor amigo, alegre, compartido y bondadoso, demasiado social.

Soy ciudadano del pueblito de amaneceres de radiante sol, olor a leña y cantos diarios de palomas grisáceas. Todavía escucho los cencerros de las cabras guías pastando, así como el bramido de los toros. Mi pueblito se encuentra en laderas de tierra caliza; sus piedras son cuarzos que brillan como pequeños diamantes. Hay varios nacimientos de agua, los animales y palomas adornando los alrededores; existen aves de hermosos colores en las barrancas. Predominan cazahuates, ahuehuetes, jacarandas, encinos, amates y acacias.

El campo se baña a diario de rocío, las barrancas de agua clara resuenan con su característico sonido mientras las piedras de colores incitan a no dejar de contemplarlas. El polen perfumado llega con el viento, evocando felicidad. El espacio y tiempo se vuelve surrealista, atrayendo abejas y avispas; algunas de otra variedad anidan en la tierra y producen polen en polvo. Los niños se bañan en los estanques de agua, atrapan botetes y van a los resbaladeros de tierra, juegan a rodar piedras, hacen juguetes de barro e incluso juegan con las piedras imaginando que son carros. Las historias de La Llorona y de duendes son muy comunes; esas leyendas son el tema preferido en las pláticas de los abuelos y personas mayores cuando, en las tardes, la familia está junta y comen lo que hay en la temporada. Mis comidas favoritas eran los frijoles molidos con hoja de aguacate y los atoles de hongos, flor de calabaza, entre otros.

El 12 de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe, se adorna la iglesia y hay danzas, conocidas como la de los Chareos, que representan la lucha de moros y cristianos bailando y teatralizando los diálogos; todos ahí celebran a través de una danza que nadie sabe cómo llegó a ese pueblito. Las familias son pocas y viven muy cerquita, es un pueblo servicial y amistoso.

En las faldas del cerro hay vestigios de un asentamiento ancestral, cerros con cuevas, osamentas y cerámicas.

Por la parte paterna los Reyes dicen que arribaron a Oaxaca, procedentes de Zacatecas; llevando el apellido Sierra, se mezclaron con los Reyes. Llegaron como ganaderos, recorriendo Guerrero, Veracruz y Puebla. Mi familia es bastante numerosa, tan solo por parte de mi padre fueron once hermanos. De los hijos de ellos, la mayoría migró a Baja California; algunos se fueron en busca del “sueño americano” y otros pocos se quedaron en mi pueblito. Como en muchos poblados de México, la falta de economía hizo que el pueblito no creciera, al contrario, la mayoría migró.

Nosotros también migramos. Cuando llegamos para quedarnos en Baja California, a finales de 1989 y principios de 1990, nos asentamos en la colonia Vicente Guerrero, municipio de San Quintín, un pueblo característicamente arenoso debido al antiguo cauce del arroyo Santo Domingo, por cierto, el más caudaloso en tiempos de lluvia. Para esas fechas ya éramos cuatro hermanos: tres hombres y una mujer. Yo sentía la responsabilidad de cuidar de ellos y así lo hice en medida de mi capacidad.

El lugar me pareció novedoso e interesante pues había más oportunidades y modernidad. En ese entonces vivíamos en casa prestada de un tío. Mi padre al fin estuvo permanente con nosotros, fue una buena noticia. Otra cosa que experimenté era que teníamos vecinos de diferentes culturas, lugares y regiones. Nos recibieron, nos regalaron ropa usada y juguetes. Mi madre ya no sufría tanto y por fin la familia celebraba unidad. Llegué cursando cuarto año de primaria. Poco a poco me fui familiarizando con el ambiente y las características del nuevo lugar. Mis anhelos de dejar la pobreza poco a poco se fueron haciendo realidad, una que fue maquillando el recuerdo de mi lugar de origen. Ahora tenía presente un arroyo que bajaba cada vez que llovía, conocí el sauce y su fresco aroma. Constantemente solía ir caminando con mis compañeritos y amigos de cuadra a la playa o al cerro a buscar pitayas;

íbamos con resortera en el cuello, así como acostumbraba en mi pueblito. Así como íbamos a los campos a recoger verduras para comer y llevar a casa, descubrí el sabor de las fresas que en los años 90's empezaron a producirse en Baja California. Con el aumento del trabajo y la migración constante, la mayoría de los que vinieron se quedaron en esta bella tierra de oportunidades. Poco a poco fueron aumentando las colonias y el comercio. Es una experiencia recorrer los tianguis o "los globos" como se les conoce en San Quintín. Era habitual escuchar la música de moda en los tianguis, música de rock en español, de banda; por esos momentos se escuchaba en los eventos y fiestas música de "quebradita", rock-pop, duranguense, hop-hop, reggae y posteriormente, a finales de los 90's, el reguetón.

Fueron años maravillosos de adolescencia; las vivencias despiertan en mí la magia de esa época. Amo los años 90, me anclo en esos recuerdos de familia y amigos; de escuela, aventura y aprendizaje. Ansiaba regresar a Oaxaca para compartir mis aventuras con amigos y familiares, sin embargo, no regresé pronto a mi natal y mágico pueblito. Solo guardaba los suspiros de recuerdos en una cajita donde ahora incluía cosas nuevas para coleccionar: tazos, cartitas de Las Tortugas Ninja, casetes, entre otros recuerdos.

## Autobiografía

Martina Rojas Nava

Mi nombre es Martina Rojas Nava, algunos me reconocen como “La mujer de los llanos”. Soy una mujer mixteca del municipio de Metlatónoc, Guerrero, de la montaña alta del estado. Nací el 12 de mayo de 1984; no sé si la fecha sea exacta o solo un aproximado, pero el caso es que tengo un papel que confirma uno de mis nacimientos, aunque, permítanme contarles que, a pesar de que mi acta dice que nací en Tlapa de Comonfort, Guerrero, la verdad es que tuve dos identidades. Una del municipio de Metlatónoc, Guerrero, porque en mi pueblo se dice que nunca debemos olvidar nuestras raíces y que no importa el lugar en que nacimos. Y la otra, de mi lugar de nacimiento, el pueblo mágico de Tlayacapan Morelos, lugar en donde me decía mi mamá Catalina: “*yo ke ndinuxina lalu kun nani*” (Aquí es en donde se enterró tu ombligo, hija). La abuelita que me trajo al mundo y era partera se llamaba Pascuala, de quien siempre que tocaba hablar con mi mamá, me decía que la debía respetar mucho.

Lo cierto es que tengo dos identidades, y no, no me entristece. Soy migrante y acepto mi vida de migrante. Me siento muy feliz por todo lo que he conocido y estoy por conocer.

Tuve la oportunidad de viajar con mis padres, familia, amigos y sola. Viajé a Morelos, ¿Ciudad de... México?, Sinaloa, Baja California y Baja California Sur. Siempre me he sentido muy querida y aceptada. Reconozco que no nací en los lugares que he recorrido, pero siento como si fuera así porque las personas que he conocido me han enseñado mucho. Han compartido conmigo su sabiduría, por eso tengo el gusto de recordar siempre a mis maestros, amigos, familia y conocidos.

Todavía recuerdo como si fuera ayer a aquel profesor de física con el que tuve una charla en la Secundaria Núm.6 en el Ejido Gustavo Díaz Ordaz, quien me dijo: “Un ser inteligente es

aquel que se adapta en cualquier lugar en donde esté, porque adaptarse es una manera de sobrevivir”. Esas palabras me quedaron grabadas en la cabeza y es lo que tengo presente a donde quiera que vaya.

¿Qué les puedo decir? Soy migrante y no me pongo triste por no tener solo una historia; todo lo contrario, poseo muchas historias de vida que contar. Aunque confieso que a veces me siento como dice la canción de Facundo Cabral: “No soy de aquí, ni soy de allá”. Me siento de todas partes, simplemente un ser de la tierra donde no necesariamente tienes que ser de un lugar, región, estado o país, sino solo de la tierra y disfrutar la vida misma.

Sin importar color ni clase, rompiendo estereotipos, simplemente volar y agradecer el milagro de la vida, de mi vida. Pero sí reconozco y estoy consciente de que mi nido está en Metlatónoc, Guerrero, pueblo de mis abuelos, bisabuelos, de mis padres, de mis hermanos, en donde podría empezar mi árbol genealógico porque me vio crecer de cerca y a la distancia y viceversa. Lugar donde se hacen rituales y se canta para agradecer por el nacimiento, sobrevivencias, vivencias, la muerte y el milagro de la vida.

## Jacinta

Norma Burrola

Jacinta se despertó con un fuerte recuerdo. ¿Cayó un rayo? Afuera el agua del cielo caía a cántaros. Por las laderas del cerro donde tenía su casa se escuchaba ya el ruido del agua de las pequeñas corrientes que descienden de la parte alta y corrían cerca de las parcelas que tenían sembradas. Adormilada, recordó que José, su esposo, todavía no regresaba del pueblo tras haber ido a vender la cosecha de maíz que tenía en los graneros y que ese año había sido de mucha bendición.

—Este año por fin podremos levantar unos cuartitos en el solar que le compramos a don Rogelio —le dijo José a Jacinta—. Con el dinero que tenemos ahorrado de las cosechas pasadas y con el de este año, ¡por fin haré la casita que te prometí y con la que tanto hemos soñado!

—¡Nuestra casita en el pueblo! —repitió Jacinta emocionada. Dándole un beso en la frente y, persignándolo, salió a despedirlo.

José le dijo, —si no logro tratar pronto el maíz, me quedaré un día más en el pueblo. Atrancas bien la puerta en la noche y no le abras a nadie. No dejes alejarse mucho a los chamacos durante el día; me dicen que andan fuereños rondando por aquí.

Asintió con la cabeza y, sonriendo, Jacinta lo miró alejarse hasta perderse en el camino. A Jacinta le gustaba el campo, por supuesto que sí. La vegetación era densa y los paisajes del lugar eran hermosos, pero se sentía muy sola porque el rancho que poseían era muy grande; demasiadas hectáreas de tierra sin ninguna familia vecina cerca a quien darle los buenos días y hablar un poco de las travesuras de sus hijos. Por supuesto que era feliz, pero ella sabía que ahí sus hijos serían analfabetas igual que ella. Ella no sabía leer. La escuela del pueblo quedaba tan lejos como las esperanzas que tenía cuando niña de poder asistir a ella.

—¿Pa' qué quieres estudiar si te quedarás en la casa a criar a tus hijos? —le dijo su padre, quien murió de tuberculosis un año antes de que Jacinta se matrimoniara con José. En esos tiempos las mujeres eran educadas para casarse, atender la casa, cuidar del marido y los hijos, cosa de la que no se quejaba, es más, hasta lo disfrutaba. Le gustaba mucho cocinarles, pero siempre quiso saber qué decían los letreros de los municipios del pueblo. Cuanto mucho aprendió a escribir su nombre y contaba con los dedos. Cuando hacía las compras a veces se confundía; sabía el valor de cada moneda o billete, pero se le dificultaba hacer cuentas. José también confiaba en la buena fe de la gente, pues tampoco había tenido educación más allá de las enseñanzas y consejos de su finado padre, quien lo enseñó a trabajar la tierra.

—Tome usted, don Rubén, lo que le debo por las velas. ¡Y no me tome de más, eh! —le decía al tendero del pueblo con el ceño fruncido mientras observaba el cambio con cierta desconfianza. Así mismo, cuando llevaba un poco de hortalizas a vender en menudeo, al cobrar les preguntaba a los marchantes cuánto debían pagarle, confiando en su honestidad.

Aunque eso tenía sus desventajas. No siempre tenía suerte de encontrarse con gente honesta y fue víctima de varias estafas donde abusaron de su ignorancia y buena fe. Ese era el motivo por el cual José había aceptado hacerle la casita a Jacinta y traerlos al pueblo para que sus hijos aprendieran por lo menos a leer y hacer cuentas. Mientras, acordaron que él seguiría trabajando las tierras que su padre le había heredado. Habían pertenecido a su familia directa por generaciones, siendo esta herencia motivo de envidias y discordias por algunos familiares lejanos, quienes veían prosperar a José y querían apropiarse de las tierras que ahora le pertenecían a él tras la muerte de su padre. Las tierras solo eran de él y un hermano al que nunca le gustó la vida del rancho y se había ido a vivir al pueblo desde los quince años cuando se rebeló.

Jacinta se levantó, se cercioró de que sus hijos siguieran dormidos y decidió volver a la cama a intentar dormirse con la preocupación de que José no había llegado a casa. “De seguro se quedó en el pueblo”, pensó, logrando conciliar el sueño nuevamente.

Al día siguiente apenas amanecía cuando fue a sacar agua de la noria y observó, unos metros más adelante, lo que parecía ser José tendido en el suelo, boca abajo. Sin comprender aún qué le sucedía corrió hacia donde estaba y cuando se acercó se dio cuenta de que le habían disparado con una escopeta y que su cuerpo estaba inerte, ya sin vida, en medio de un charco de sangre que el agua de la lluvia había diluido. Lloró desconsolada, abrazada de su cuerpo, sin asimilar el hecho, preguntándose quién sería capaz de quitarle la vida a José.

Vio a lo lejos a tres hombres desconocidos que venían en dirección a ella cargando una escopeta. Soltó el cuerpo de José y corrió tan rápido como sus piernas respondieron hacia la casa, intentando llegar a proteger a sus hijos. Un disparo al aire seguido de una amenaza la hizo detenerse, paralizada por el miedo. En ese momento sus hijos salieron de la casa atraídos por el llanto de su madre y el disparo de la escopeta. Mientras los hombres se acercaban, apuntando a su hijo mayor, le dijeron:

—Sabemos que José tenía más dinero guardado. Correrán la misma suerte si se niega a entregarlo. Usted sabe dónde está. Entregue el dinero y váyase con sus hijos para siempre de estas tierras que a partir de este momento ya no les pertenecen más—le dijo el hombre con voz amenazante y aventó un escupitajo al suelo.

—El dinero está en un pequeño baúl bajo la cama—dijo Jacinta sin dudarle, temerosa, impotente, con rabia. Sentía cómo su corazón palpitaba cada vez con más fuerza. Sabía que, si no lo entregaba, cumplirían su amenaza.

Uno de los hombres entró a la casa a buscar el dinero; el segundo apuntaba con el arma a su hijo y el tercero la observaba amenazante. Al cabo de un rato el hombre salió con el dinero en las manos. Al ver la sonrisa de los delincuentes, Jacinta dijo con voz débil y temerosa:

—Deje que mis hijos y yo le demos cristiana sepultura. No quiero que a mi José se lo coman los zopilotes. Al cabo que ya tienen lo que vinieron a buscar.

En cada palabra de Jacinta sentía cómo su mundo se había derrumbado de un momento a otro; su vida y la de sus hijos jamás volvería a ser la misma. Quería gritar, abalanzarse contra ellos, golpearlos con toda su fuerza y su rabia, pero al ver que sus hijos seguían llorando, asustados, conservó mesura y se guardó para sí misma también toda su rabia y dolor. Sabía que sus hijos la necesitarían. Después de rezar un Padre nuestro frente a la tumba improvisada a un lado de los restos de la familia de José, Jacinta se marchó del lugar que había sido su hogar, el lugar donde nacieron sus hijos y había sido muy feliz.

Empezó a caminar con sus hijos y, conforme se alejaba, buscaba a José por el camino donde lo vio irse un día antes. Deseaba con todas sus fuerzas encontrarlo caminando hacia ella y que la despertara así de su pesadilla.

En ese momento sus hijos la ubicaron nuevamente en su realidad cuando le preguntaron a dónde irían. Ahora iban caminando hacia el pueblo. Les arrebataron todo: su esposo y padre de sus hijos, su tranquilidad, sus sueños con los que tan solo una noche antes se había ido a dormir feliz. Ahora era presa de no saber qué sería de ella y sus hijos. La muerte de José fue el inicio de una guerra entre familias donde existía la ley del ojo por ojo y diente por diente.

## **Infancia**

Ismael López

### **El nacimiento**

Soy el primer hijo de dieciséis hermanos, deseado y esperado por mis padres. Mi papá siempre estuvo atado a sus raíces en el rancho donde nació, de nombre San Felipe, Municipio de Mexxicacán, Jalisco, tierra de los indios Caxcanes que defendieron sus tierras de los conquistadores españoles.

Muy joven, mi papá se trasladó a la ciudad de Ensenada, territorio norte de Baja California (que en 1952 cambió a estado de Baja California), para hacer un patrimonio. Al tiempo decidió regresar al pueblo de Jalisco y formar una familia. Conoció a una mujer en las fiestas de San Miguel Arcángel en el año de 1956, a quien cortejó según la costumbre de aquellos tiempos: cada domingo los grupos de amigas y amigos caminaban alrededor del kiosco del jardín y si algún hombre estaba interesado en una dama, le ofrecía una flor. Si ella la aceptaba, entonces a la siguiente vuelta podía acompañarla para conocerse; si se formalizaba una petición para continuar viéndose, entonces el interesado le entregaba un ramo de flores. Así fue con mi papá.

Después de un tiempo de noviazgo le pidió ser su esposa. A los nueve meses nació su primer bebé en el petate de una casa ubicada en el barrio del Rocío de Yahualica, Jalisco, siendo asistida mi madre por una partera.

### **La ciudad**

Mis primeros años los viví en Ensenada, cuando el puerto tenía un muelle de madera y unos cuantos barcos atracaban para descargar pescado fresco que se vendía en la localidad; después

se capturaba sardina para procesarla en las empacadoras que había en ese tiempo. El edificio del ex hotel Riviera estaba abandonado. Las playas eran limpias y de olas tranquilas; era donde los ensenadenses acostumbraban ir en verano a bañarse. El dólar era la moneda que se utilizaba como de curso legal. El peso no circulaba y si lo hacía era en menor cantidad; de ahí que los productos que se comercializaban eran la mayoría de importación y estaban marcados en dólares.

Mis padres platicaban que era un niño muy discreto y callado. Me gustaban las pistolas, el triciclo, la pirinola y jugar en la tierra con carritos de aluminio, pero siempre en solitario. En los siguientes años fueron naciendo mis hermanos, pero mis papás no dejaron de tener un sitio especial para mí y así fue hasta que murieron.

El mundo cambiaba y los medios de comunicación también. En el estado de Baja California solo había un periódico de circulación regional: "El Mexicano". Pocas familias tenían televisión con antenas gigantescas en los techos de las casas y los canales que se captaban eran de procedencia americana. Solo las personas adineradas tenían acceso a estos aparatos. Mi familia no era de esas, por lo tanto, había que pagar veinte centavos para poder ver los programas en alguna casa que tuviera un aparato de estos. A mí me encantaban las caricaturas del gato Félix y las series del Oeste, de guerra, policiacas, de humor y de ciencia ficción. En blanco y negro, por cierto.

## **El rancho**

Cuando la guerra fría entre Estados Unidos, Rusia y Cuba (derivada del conflicto de los misiles nucleares) amenazaba con iniciar una tercera guerra mundial, mi familia se trasladó al rancho de mi papá. Había comprado una propiedad de dos hectáreas con una casa antigua incluida. La casa era de adobe con paredes muy altas, un jardín central con árboles de guayaba, lima y limón,

flores y un pozo de agua. Algunos cuartos eran utilizados para guardar las cosechas del año. Siempre me llamó la atención que no tuvieran ventanas, solo unos agujeros al final de la pared pegados al techo (hasta la fecha no se han puesto ventanas).

Un tiempo estábamos en el rancho y otro en Ensenada, pero por alguna razón que a veces me pongo a reflexionar, mis mejores momentos de la niñez fueron en ese rancho. La primera vez que estuvimos en ese lugar, mis papás compraron vacas, gallinas, puercos y un burro. Durante un tiempo en el patio interior había cajas de colmenas de abejas, así que nos acostumbraron a cuidarlas y a cuidarnos de una picada. Aprendí que si no las molestas, ellas tampoco te molestan a ti.

Mi papá nos enseñó a trabajar la tierra; la siembra y la cosecha del maíz, calabazas, frijol, habas, chile, camotes, jícamas, cacahuete y hortalizas; arar la tierra con bueyes y disfrutar los tiempos de las lluvias y el arroyo crecido; sacar el agua del pozo con un balde y una soga, para tomar y para las necesidades propias de la familia.

En esos tiempos no había electricidad en el rancho. Nos iluminábamos con lámparas de petróleo. El medio de comunicación era la radio. Escuchábamos estaciones del Distrito Federal, Guadalajara, Jalisco y León, Guanajuato. Las radionovelas como *Chucho el Roto* o *Felipe* eran nuestra diversión de cada noche.

Reyes el Justiciero, cuentos y canciones de Cri-Cri, programas para adivinar canciones, el *risómetro* para los chistes, canciones mexicanas y el programa de radio de las mañanas: “Laboratorios Mayo”, de los Ángeles, California, con sus medicamentos milagrosos que siempre terminaban en -san. *Para las reumas, Reumosan; para los callos, Callosan*, y así otros por el mismo estilo.

En los años cincuenta y en el ambiente en que viví mi niñez, las enfermedades propias de esa etapa de mi vida llegaron en su tiempo: sarampión, viruela, conjuntivitis y diarreas no

faltaron. Mi mamá siempre buscó la manera de atendernos con remedios caseros de plantas medicinales, fórmulas que sus padres y abuelos le habían enseñado. Y solo si la cosa se ponía grave, entonces se trasladaban a la botica del pueblo donde el encargado hacía de médico y con su diagnóstico, casi siempre atinado, nos recetaba los medicamentos para resolver el problema de ese momento.

Los viajes en tren serán siempre inolvidables para mí. Los vagones y la locomotora recorrían los caminos del norte con sus puentes, ríos, túneles, desiertos, mares y comidas en las estaciones de cada pueblito en que se detenía para subir a alguna familia. Era común que entre rancho y pueblo los viajeros subieran con gallinas, puerquitos, pericos y costales con mercancías variadas. Los vendedores ofrecían coyotas en Sonora, pollos rostizados en Sinaloa, tequila en Jalisco y dulces en Nayarit. Casi siempre nos enfermábamos del estómago en cada viaje. Mi mamá llevaba pastillas para el mareo, diarrea, dolor de cabeza y tónicos para el pecho. Y digo “mi mamá” porque generalmente mi papá no viajaba con nosotros.

Mi mamá nos preparaba comidas muy ricas como frijoles de la olla, sopas de fideo o letritas, arroz, caldo de res, gorditas, caldo de pollo y mucho más. Por supuesto, con las tortillas de maíz recién hechas a mano en un fogón de leña y un metate para comer con chile, sal, jocoque y leche recién ordeñada, con espuma que se adhería a nuestros labios. La cocina siempre fue el lugar de reunión familiar tanto en el rancho como en la ciudad de Ensenada.

El cinco de febrero, el rancho celebra la fiesta de San Felipe. “Los nortños”, como les decían a los migrantes de Estados Unidos, venían a celebrar esta tradición. Por la tarde, la imagen del santo patrono era llevado en hombros a la casa de una familia que le preparaba un altar, y con rezos, cohetes y cánticos que acompañaban la procesión los devotos del santo, para regresar a la capilla donde era colocado para seguir siendo homenajeado.

Después de la misa había juegos de lotería, pozole, tamales, tostadas de frijol con chile,

duros de harina y dulces de la región como camotes, biznaga y jamoncillos de leche.

Un volantín de madera era armado cada año. Los niños empujábamos para que se impulsara, a cambio de subirnos cuando empezaba a dar vueltas, mientras una banda de música de Sinaloa tocaba las canciones de moda de esos tiempos como *El niño perdido*, *El sinaloense* y muchas más.

## Mexicali y sus costumbres

Gris Cervantes

Crecí en una ciudad “especial” porque en ella sólo se queda quien realmente la ama. Las temperaturas llegan a los cincuenta y un grados en agosto y, por esta razón, en vacaciones ves parques sin niños y gente encerrada. Mexicali es una ciudad para los que aguantan de verdad.

En los ochenta ya era tradición la comida china de domingo. Uno de los restaurantes más famosos y grandes era el llamado “*la Misión Dragón*”. Siempre el lugar estaba lleno, pero jamás te hacían esperar por una mesa. Había lugar para todos. En él se encontraban unos jardines enormes con animales (incluidos unos bellos pavorreales) y la comida era muy rica. De postre junto con la cuenta te regalaban galletas de naranja con almendras. Mucha gente salía con sobras de comida en cajitas. La comida china además de buena era muy barata.

La comida china nunca dejará de ser tradición. Lugares como el que les describo han cerrado sus puertas dando lugar a otros; ahora la oferta es variada, con lugares sencillos y otros lujosos, ya no es tan económica como antes. Tampoco dan las mismas galletas y para llevar te dan platos de *foam*. Pero alrededor de unas buenas carnitas coloradas las familias siguen uniéndose.

En cuanto el clima empezaba a ponerse bien, es decir, a finales de septiembre, comenzaban las fiestas del sol. Eran en un parque llamado Vicente Guerrero, donde para los niños lo máximo eran los juegos mecánicos, y para los adultos, venían artistas, unos gratis y otros con costo, al palenque. Eso con los años no ha cambiado mucho, sigue siendo tradición, solo que ahora la sede es un lugar que el gobierno hizo especialmente para este evento. Las producciones de artistas que se presentan son espectaculares, pero las familias siguen reuniéndose en septiembre y octubre, cuando hay algo que hacer de lunes a domingo en Mexicali.

## Viajes

Dolores Galindo

Mi tercer viaje a la “coqueta” Tijuana fue por tiempo indefinido. Llegué como profesora de grupo para trabajar en una escuela ubicada en el corazón de la colonia Obrera, a un lado de la guarnición militar. Desde el patio podía ver la vieja carretera a Ensenada. En el primer día de clases entendí que una cosa era ir de paseo a Tijuana y otra muy distinta vivir en ella y trabajar allí.

Dice la leyenda urbana que *“lo que sucede en Mexicali es la mitad de lo que acontece en Tijuana”*, si es cierto o falso no lo sé. Sin la menor idea de cómo llegar a mi trabajo, le pregunté a mi hermana, porque casualmente ella también inició su trayectoria en la misma escuela. Un itinerario de transporte confuso: dos camiones que, entre cerros y calles estrechas, me dejaban en la puerta de la escuela, después de setenta minutos de mareos, sorpresas y situaciones que nunca antes había vivido. Lo que me salvó el día fue que los cuarenta alumnos de sexto grado, mis futuros alumnos, me regalaron un fuerte aplauso de bienvenida. Yo, emocionada y roja como tomate.

Acompañada de mis mejores amigas de siempre, nos fuimos a conocer el centro. ¡Oh, sorpresa!, la calle principal, la “Revu”, repleta de transeúntes. Turistas, vendedores ambulantes y gritones a la entrada de los bares invitando a pasarla bien en su interior; los fotógrafos con el burro imitación cebra, los vendedores del último “cachito” de la lotería: *“güerita mire, este es el huerfanito, el bueno, anímese, pa’ que deje de trabajar”*. Los que te ofrecen joyería de plata al grito de “mexican silver”; las chicas de la vida alegre muy chicas para la alegría; los taxistas “pitando” por pasaje; las mujeres de Oaxaca vendiendo al ras de piso sus mercancías, con el rebozo al estilo soldadera sosteniendo al hijo más pequeño y otro hijo jugando con las fichas de las cervezas; la niña con una artesanía en la mano ofreciéndola a “one dollar”.

Nos llegó el antojo de unos tacos de carne asada. Fácil le preguntamos a un señor que en la esquina del Hotel Caesar's vendía chicles para hacer bromas, respondió: *“no señoritas, aquí los únicos tacos que venden son los burritos del Salón Corona. Quedan a cinco cuadras de aquí, cerca de la línea”*. Fue cuando recordé que había escuchado que las pizzas eran lo máximo. En aquellos días, el único restaurante que preparaba pizzas era el Giuseppis, una delicia. Desde ese día se convirtió en nuestro lugar favorito para comer y cenar los días de pago o un fin de semana especial.

Ahí descubrí que los edificios eran más altos además de viejos. Tres construcciones me sorprendieron: el Hotel Azteca de diez pisos, el Jai Alai al estilo de los años treinta y el hipódromo de Agua Caliente, enfrente de la Torre del Casino que hace algunos años fue el sitio preferido de artistas y turistas del otro lado.

## Las ciudades

Ismael López Elizaldi

### Un pueblo de cantera

Pueblo de cantera rosa, adobe y ladrillo, casas hermanas con sus paredes compartidas, zaguán con macetas de plantas verdes y flores que adornan la entrada, un patio interior amplio y lleno de luz con sus cuartos alrededor, sus puertas de cancel negro, los pisos de mosaico que brillan como gotas de agua arcoíris.

En el corral esperan pacientemente las vacas para ser ordeñadas; ya los becerros maman con rapidez antes de que sean retirados por su patrón para ordeñar la leche espumosa y blanca que más tarde será convertida en quesos para llevarlos al mercado público como uno de los manjares para compartir.

En el mercado público, los colores verdes de los nopales. El chile rojo de árbol es convertido en salsas picosas que satisfacen a los más exigentes paladares. La carne de las reses recién sacrificadas ya cuelga en los ganchos del negocio de Don Tranquilino, que muy temprano colocó un estandarte rojo para anunciar que hoy hay carne fresca.

Se escuchan las campanadas de la iglesia de San Miguel Arcángel a la misa de doce. Mujeres con reboso negro de seda con sus compañeros que antes de entrar al recinto se quitan el sombrero para participar en la ceremonia religiosa, no sin antes mojar su dedo índice en el depósito de agua bendita para dibujar una cruz en su frente.

La tienda del Sr. Limón espera a sus clientes que lo visitan desde hace muchos años. Un mostrador y dependientes que te saludan familiarmente; se acuerdan de tu abuelo, de tu padre, de tu madre que cada fin de semana pasaban a comprar los víveres que requerían para la semana siguiente. La distancia es larga y el tiempo es corto para trasladarse desde el rancho al pueblo.

En el jardín están reunidos hombres y mujeres disfrutando una nieve de coco, un churro con cajeta de leche, una paleta de limón, un vaso de agua de lima y, como postre, un dulce de leche con canela.

El olor a bolillo, chorreadas de dulce, arepas del pueblo de Manalisco, conchas del rancho *La Labor de San Ignacio* están volando de la canasta por los desesperados clientes y turistas que no quieren dejar de llevarse unos cuantos panes para disfrutarlos con chocolate del rancho *El Molino*. En las tortas de Chonito ya hay una línea de espera para disfrutar las tortas de carne adobada de cerdo con bolillo, mostaza y chiles jalapeños, calentadas en un horno de microondas y un jugo de naranja recién exprimido.

Llegó la hora de partir a Guadalajara, el avión a Tijuana vuela a las cinco de la tarde. Apenas tengo tiempo de completar la caja de recuerdos para la familia, unas tortas, unos dulces de leche y unas salsas de chile de árbol.

## **La Bella Cenicienta**

*Ayer*

Las playas, limpias para caminar y pasear, mojarse los pies por puro gusto en las olas que llegan presurosas para luego regresar al inmenso mar que se pierde en la lejanía. Las lanchas te llevan a pasear a la bahía. La brisa acaricia las mejillas. Los barcos turísticos lucen imponentes, los turistas se asoman desde sus balcones. El lobo de mar, Pancho, nos saluda desde el casco de un barco abandonado a la orilla de la playa. En las aguas salarinas del malecón juegan los niños, brincan y se mojan sin dejar de reír.

Caminar por la calle primera, perderse entre los turistas norteamericanos que buscan el regalo más representativo de su viaje y regresar al barco para continuar su camino hasta Puerto Vallarta. Todos los productos están marcados en dólares; hasta parece que estamos en

Estados Unidos. Cobijas, zarapes, sombreros de paja, alcancías de Mickey Mouse, macetas de barro, títeres de indígenas con huaraches y pantalones de manta.

Las plantas de tomate cuelgan la fruta, las sandías dulces brillan en el paraje, la col de Bruselas, las fresas, las papas, las uvas, las cerezas, pronto estarán listas para ser exportadas a los Estados Unidos.

El valle de Guadalupe nos espera para recibirnos con sus viñedos y los recorridos para conocer el proceso de elaboración del vino. Botellas de vino blanco, tinto y rosado, pan artesanal y queso del ejido Real del Castillo. Por la noche podremos cenar en el restaurant Ochentos Pizza; nos esperan sus cocineros para compartir sus exquisitos platillos de pizza, pastas y ensaladas acompañados de un vino tempranillo.

Caminar por el bulevar costero, la avenida Ruíz, Juárez, Cortés y Delante, sin importar la hora, de seguro regresarás a tu hogar sin ninguna novedad.

*Hoy*

La playa hermosa cubierta de suciedad por los excrementos de los caballos que pasean a los turistas de fin de semana; los borrachos y familias con los grupos nortños, banda y mariachi dejan tiradas las latas, botellas y bolsas de desperdicios.

La calle primera ahora es un campo desolado. Los bares cerrados, las farmacias que venden antibióticos y Viagra ahora solo esperan que algún habitante de la localidad surta su receta para poder subsistir. El derecho de piso del crimen organizado ha ocasionado incendios, secuestros y asesinatos de los propietarios de estos negocios antes florecientes.

El periódico Frontera publica diariamente la muerte de dos o tres personas, dicen que es el crimen organizado. La policía llega hasta que ya terminó la balacera.

Las calles parecen cráteres de la luna por la infinidad de baches en toda la ciudad. Los botes de basura están derramados, llenos de moscas y ratas; los camiones de basura no pasan a recogerla desde hace semanas. Los anuncios espectaculares con publicidad subliminal de los

políticos ahora son apoyados por supuestas organizaciones civiles antes de empezar los tiempos electorales. Las personas jubiladas son despojadas de su pensión en los cajeros automáticos. Los robos a mano armada en los negocios de conveniencia; autos que desaparecen en las noches frente a tu casa, en los centros comerciales o en la calle; abarrotes familiares y negocios de centros comerciales son asaltados periódicamente a punta de pistola o con armas blancas.

Ahora, Cenicienta se juntó con el jefe de la plaza de la ciudad para distribuir droga, secuestrar, robar, cobrar derecho de piso y asesinar.

## Momentos imborrables

Irma Villaseñor

Corría el año 1967 cuando llegué a vivir con mi familia nuclear a Zapotlanejo, un pintoresco pueblito de Jalisco. Ahí me tocó ir a una escuela de gobierno para niñas y todos los viernes nos exigían ir a confesarnos, situación con la que nunca estuve de acuerdo.

Me gustaba asistir los domingos a la plaza con mi hermana mayor, donde los hombres giraban del lado contrario a las mujeres y regalaban flores a la chica que les agradaba. Su mercado municipal está lleno de artesanías y frutas que ahí me tocó probar, como los zapotes, la guanábana, pitayas, etc. Las mujeres usaban los vestidos abajo de la rodilla, mientras que nosotras: shorts y minifaldas. Fuimos muy criticadas; pero los chicos, fascinados.

Pasaron algunos años y siempre me rehusé a visitar la gran Ciudad de México, por todo lo que escuchaba; tenía pavor a enfrentarme a todas las situaciones de inseguridad. Pero, por fin viajé por primera vez en el año de 1995 y quedé maravillada por todo lo que conocí. Fui afortunada de que todo transcurriera de la mejor manera, a pesar de la gran inseguridad que existía, como en otras ciudades.

Para mí la capital de Jalisco, la bella Guadalajara, es mi ciudad preferida, la que más he visitado, con su gran arquitectura en sus templos y edificios con más de 400 años de antigüedad, sus bellísimas casonas antiguas, con sus zaguanes y sus portones que se abrían con unas tremendas llaves. Me tocó llegar por muchos años a una de ellas, situada en pleno centro histórico; hoy ya está remodelada totalmente. Guadalajara en los años setentas era una ciudad muy tranquila; hoy ha crecido tanto en población como en inseguridad.

También Zapotlanejo se ha convertido en un emporio textil, con casas y restaurantes modernos y medios de transporte cómodos y rápidos. En noviembre de 2020 tuve la oportunidad de visitarlo, y sentí mucha nostalgia al encontrar mi vieja escuela, hoy convertida

en Casa de la Cultura, pero aún con sus ventanales originales. Me permitieron entrar y tomar algunas fotografías. Qué bellos e imborrables momentos me tocó vivir.

## El arte de crecer

Maron Mariel Páez Audelo

Desde muy pequeña mis padres me dejaron al cuidado de mi familia paterna, conformada por trece hijos (nueve mujeres y cuatro hombres). Era un matrimonio de aproximadamente cuarenta años de casados y los hijos con un rango de edad de veinte años en adelante, por lo que en la mitad de mi infancia mi convivencia con adultos fue muy recurrente.

A mis cinco años deseaba actuar como ellos; como las mujeres, estudiantes de universidad y apasionadas, anhelaba tomar café con mis amigas y charlar de la vida, pero a mi edad estaba prohibido.

A los ocho años me frustraba mucho el no poder ser parte de las conversaciones que se tenían en la mesa, porque eran temas sumamente desconocidos para mí. Definitivamente anhelaba crecer y unirme a esas charlas, tan grandiosas e interesantes ante mis oídos de infante.

A los diez años dejé el hogar tapatío y me trasladé a Tijuana, a casa de mis abuelos paternos. La relación con ellos ha sido de las cosas más irritantes que pude haber experimentado en el proceso de pubertad y adolescencia. Aproximadamente cuatro o casi cinco años, estuve bajo su techo y cuidados.

Mi abuelo era el típico señor que, para intentar vivir de manera más tranquila, solía adaptarse a la forma de pensar y actuar de mi abuela (de esa manera lo percibía yo). Mi abuela siempre fue difícil de lidiar: era conservadora, con una agilidad de manipulación muy grande, violenta de palabras y extremadamente excluyente. Para ella mi validez como mujer se medía con mi capacidad de saber limpiar y atender la casa al mismo tiempo que mi completa disposición y atención para las necesidades de los hombres de la familia o, en dado caso, para futuras parejas, asumiendo rotundamente que ese sería mi futuro.

Mis primeros conflictos como nieta rebelde e intolerante ante los ojos de mis abuelos

fue por comenzar a imponerme cuando mi abuela me castigaba con no asistir a la secundaria por no dejar la comida y limpieza terminadas antes de la hora de partida, haciéndole saber que estaba interfiriendo en uno de los derechos más importantes que tenemos: el derecho a la educación laica y gratuita.

Posteriormente comencé con el proceso de cambios físicos y hormonales. Como cualquier pre-adolescente, me comenzaron a surgir cientos de dudas, muchas de ellas eran temas tabú, por lo tanto, no se me permitía externarlas. Mi educación sexual fue muy carente; se me llegó a catalogar como promiscua. Era evidente que mis abuelos no eran capaces de comprender y brindarme las herramientas que habrían facilitado de muchas maneras mi desarrollo sexual e introducción a la adolescencia. Con todos estos cambios también comenzaron los cuestionamientos acerca de lo normal o anormal, ¿qué estaba bien y qué estaba mal?, ¿quién y por qué lo determinaba?

Comenzaron las dudas sobre mis preferencias sexuales y fue entonces cuando todo empeoró, porque si antes tenía problemas con lo que se esperaba o asumía que yo debía ser, estos cambios no me permitían ni siquiera a mí misma saber quién era yo.

La situación se había vuelto tan tóxica y asfixiante para mí, no solo por la falta de empatía, la violencia psicológica y verbal, sino porque mi educación académica pendía de un hilo. Así que, al cumplir quince años, tomé la decisión de salir en busca de mi abuela materna pidiendo asilo para poder vivir y comenzar el bachillerato. Esa decisión ha sido de las mejores de mi vida.

Cumplía dieciséis años y me encontraba estudiando y trabajando, pues yo pagaba mis estudios, materiales didácticos y cosas personales. La relación con mi abuela materna era y es maravillosa, a pesar de ser una persona de edad avanzada. Siempre respetó mi forma de pensar, actuar y ser. Nuestra comunicación siempre fue muy abierta y compartimos el mayor tiempo posible mientras no estaba en horario de escuela o laboral.

Mis espacios laborales siempre fueron compartidos con adultos. Durante un año estuve trabajando como mesera y barman en un *bar-wings*, por lo que todo el tiempo conocí personas nuevas de distintos rangos de edad, pero mayores que yo. Me encantaba platicar con ellos porque tenían excelentes temas de conversación, una visión amplia y opiniones muy objetivas que me parecían asombrosas y que, a diferencia de cuando tenía ocho años, podía ser parte de ellas y compartir de igual manera mis puntos de vista y criterios. Tiempo más adelante, trabajé en un restaurante desempeñando el mismo puesto de mesera, con un equipo de trabajo formado por personas de edades más variadas. A pesar de eso yo seguía conservando mis amistades del trabajo anterior.

Al cumplir diecisiete años mi círculo social era abarcado mayormente por personas adultas y jóvenes mayores de edad. Ya era tan usual para mí convivir con ellas que comencé a sentir atracción por personas mayores que yo, dejando de lado y sin interés a las de mi edad. Me enamoré finalmente de una persona que me llevaba 9 años de diferencia. Fue una experiencia al principio de cuidado; nueve años era demasiado. Era evidente que no sería bien visto ni por mi abuela ni por la familia de esa persona; sin embargo, decidimos comenzar una relación sentimental de manera “formal” ante nuestras familias y amigos.

Yo me enamoré al poco tiempo, trataba de llevar la relación de una forma “madura”, pero, sin darme cuenta estaba tratando de apresurar una etapa de la cual no era momento. Evidentemente íbamos en direcciones completamente opuestas; lo que para mí era sumamente nuevo, la otra persona lo veía como un recuerdo más del baúl. Fue uno de esos amores efímeros, intensos, de esos que duelen hasta las entrañas. Pero el amor no debería doler (eso ahora lo sé). No me queda más que recordar, agradecer lo bueno y perdonar lo amargo.

Actualmente resido de nuevo en Tijuana y comparto vivienda con la familia de los trece hijos, donde solo quedan ocho personas de 45 años en adelante y yo de 18, a unos meses de cumplir 19. No obstante, a pesar de ya poder ser parte de sus debates de política, problemáticas

sociales, tendencias de *Twitter* o prepararnos café para tener un mejor día, suelen aparecer las inconformidades o distintos puntos de vista cuando hablamos de los movimientos sociales que se ven hoy en día, como la religión, y la inclusión de la comunidad LGBTIQ.

El sexo aún es tabú sobre la mesa. Prácticamente toda mi vida estuve expuesta a desenvolverme en el mundo adulto, y la verdad ha sido increíble. Me he llenado de muchísimos aprendizajes y modelos a seguir (como mis tías universitarias e independientes); sin embargo, reconozco que dejé ir muchos momentos al intentar comportarme como una adulta mientras era un capullo.

# MILAGROS



## La limpia del niño

Jacqueline Campos

*Cuento dedicado a la memoria de mi bisabuela: Anastasia Marrufo*

Marina, de treinta y cinco años, ve que la vida le sonríe de oreja a oreja; por fin estrena el nombre “Gaspar Mauricio”. No dud  a la hora de registrarlo porque lo eligió seis años atrás desde su primer embarazo, que resultó en el nacimiento de una niña. La madre con esperanza guarda el nombre para usarlo una segunda vez y, en efecto, un segundo parto se presenta tres años más tarde, pero otra niña nace. La madre vuelve a preservar el nombre mientras piensa “la tercera es la vencida”, y así fue. Hasta el tercer embarazo llega el deseado varón que celebra el nombre de Gaspar, en honor al padre de su padre, y Mauricio, como su abuelo materno.

El verano de 1985 es caluroso en Mérida. La fortuna le vuelve a sonr er a Marina que se escapa del calor para viajar con sus hijos a Chetumal con el fin de veranear cerca del mar y de su suegra, Felipa Nery, quien comparte con su madre, Anastasia Marrufo, la casa construida en Barrio Bravo.

De Anastasia hay que decir que no solo es la bisabuela de los niños, sino que era además la bruja o curandera más cotizada. Sus servicios y popularidad inician en 1922, siendo una joven médium capaz de hablar con los espíritus de los difuntos y transmitir sus mensajes a los deudos. Desde entonces cualquiera que llega al sur de la ciudad y pregunta por “la casa de la abuelita Anastasia” recibe indicaciones para encontrar el portón de hierro que resguarda un terreno de 40 metros de fondo por 35 de ancho, ubicado a 300 metros del bulevar costero. Cuando la bisabuela supo de la visita de Marina, le ofreció hacerle una lectura especial.

—Bendito Dios que te concedió el hijo que tanto querían t  y Panchito. El niño tiene tres años y hay que ver qué espíritus lo rodean y cómo está su suerte.

—Realmente abuelita... no creo que sea necesario.

—Yo le hice la lectura y la limpia a Panchito, por eso creció sano y es próspero en su trabajo. Felipa se negó a que lo hiciera con sus dos primeros hijos y ya ves cómo son: enfermos y fracasados. ¿Quieres arriesgarte a que tu hijo sea un desvalido o un frustrado en la vida?

—No.

—Pues siéntate aquí con el niño, muchacha, y haz lo que te diga. Sostenlo con fuerzas, que no pise el suelo. Le voy primero a pasar el huevo por su mollera y luego por el cuerpo... este aceite de ruda se lo untas en las palmas de sus pies y de las manos.

La luz del sol deja la ventana, pero la habitación se siente caliente e inundada por el humo del copal y el incienso. Imágenes de santos mártires decoran el altar rectangular blanco y sobre ella se encuentran veladoras en vasos de cristal y cirios encendidos de diferentes tamaños. Un cuadro de la sagrada mano poderosa destaca sobre las imágenes de santos y vírgenes. Los ojos de cristal de las estatuillas de San Judas, San Martín de Porres, el niño Dios con vestido de tela de terciopelo azul cielo y encaje dorado y de la virgen María parecen observar el ritual y a las mujeres. En crucifijos de diferentes medidas cuelgan como medallas los rosarios y escapularios de diferentes colores, mientras que en las paredes se proyectan los bailes de las sombras que se mueven al ritmo del consumo lento de los pabilos.

En medio del espacio permanece sentada Marina, inquieta, con dolor de cabeza, el pulso cardíaco disminuido, un sudor de manos; abraza al niño y siente una sensación de amenaza vomitiva... Piensa: *¿Cuántos minutos faltan para salir de esta habitación? Si Panchito estuviera aquí, no permitiría esto.* Gaspar Mauricio llora, también a él parece incomodar la humareda y el calor. La bisabuela reza sin descanso mientras sacude un ramo de hierbas de romero, laurel, salvia blanca y lavanda alrededor de la madre y su pequeño.

Nadie ve que en el rincón detrás de la cortina floreada se esconde una niña, que es la hija mayor de Marina. La niña Jacqueline mira la ceremonia con curiosidad y miedo... pero feliz

de que fuese su hermanito el que llora por tanta ruda y aceite, por tantísimo huevo y plegarias, y que no fuese ella la sollozante. Piensa: *“qué suerte tengo de no ser la que se ahoga con el humo que irrita los ojos”*. La bisnieta considera de buena suerte que la bisabuela de ochenta años sea casi ciega porque no la ve. Y tiene su primer pensamiento irónico acompañado por una sonrisa que parece más mueca: *“Finalmente tiene ventajas ser grande y sin chiste, ser la botada a la basura y la que ya no hay que hacerle tanto caso, porque la gracia la tiene ahora el varoncito.”*

Al mismo tiempo Anastasia exclama:

—¡Mira cómo rompe el huevo, Marina! Mira las manchas de sangre y lo turbio de la clara... no está bien. Tendrás que cuidar a tu hijo del agua. El agua va a intentar matarlo. Escucha lo que te digo: No lo descuides cuando haya mucha agua... ¡Mira aquí se ve, que se te va ahogar!

Por algo sigue siendo la chamana más buscada por políticos y sus mujeres, las esposas o exesposas de comerciantes exitosos y cualquiera que se entera de su oficio. La abuela no desprecia a nadie, acepta desde dólares beliceños, americanos, pesos, oro y hasta gallinas. Sus consultas son VIP porque solo ella tiene en la región sesenta y tres años de experiencia sugestionando gente con éxito y garantiza que el ritual no acaba hasta que el paciente se rinde ante las creencias sembradas. La limpia termina después de una hora de sugestión, falta de ventilación e hidratación. Marina, con perlas de sudor en la frente y con ojos enrojecidos, ahora cree en el mal augurio:

—¡Dios mío, no lo permitas! ¿Qué debo hacer, abuelita?

—No te preocupes. Haré unos escapularios especiales para que use el niño. Tenemos que repetir la limpia cada siete días por un mes para ir viendo cómo rompe el huevo hasta que salga limpio. Además, voy a preparar un agua especial con flores y aceites para que le frotes su cuerpo después de bañarlo. Te daré cuatro veladoras milagrosas que voy a activar para que su ángel de la guarda lo proteja. Esas las dejas encendidas por las noches por treinta días... Tienes

suerte, Marinita, de ser mi pariente, a ti no te voy a cobrar, ni siquiera el material que es costoso.

¡Todo sea por la limpia del niño!

## Tres mujeres

Julia Celeste Pérez Aviña

*A Lidya E. y Beatriz, mujeres de fuerza y poder.*

Juana

El sol se esconde tras las nubes. Juana lo observa recargada en el marco de la puerta mientras el fuerte viento le despeina el cabello. Hoy es un día diferente, piensa, hoy no hay paliacate en el rostro, no le toca la piel la brisa de los campos ni sus manos se impregnan del aroma de las fresas. Hoy no hay jornada laboral, pero sí hubo trabajo en casa; “una nunca descansa”, reflexiona mientras toma una silla de la cocina y la lleva al patio para sentarse y cepillarse el cabello, cobijada por el sol que ha decidido reaparecer. El olor a chile tatemado que inunda la cocina llega hasta ella; la salsa, los frijoles y tortillas ya están en la mesa. Menos mal que ha terminado de lavar la ropa de las niñas temprano y le ha dado tiempo de hacer la comida antes de salir. El ruido de sus hermanas y hermanos discutiendo no interrumpe sus pensamientos ni merma la emoción que siente por el encuentro que sucederá por la tarde.

¡Cuántas cosas tuvieron que ocurrir para llegar a este momento! Para sentir esta paz que, aunque momentánea, le hacía sentir tranquila. Con un movimiento abrupto de ternura, la pequeña Jazmín le salta a la espalda y le da un beso en la mejilla. —Ya tengo hambre, mamá—, le dice. —Yo también—, sigue Rosa, que ya es casi una jovencita. —Yo le sirvo a mi hermana y a mí— y juntas de la mano entran a la pequeña casa de madera y piso de tierra.

Juana las mira de reojo y sonrío. ¡Cuán diferente es todo ahora! Recuerda con temor los días de hace diez años cuando, siendo una niña de trece, un ser despreciable vio en ella a una mujer. Piensa en el horror que sintió, el miedo de no saber qué pasaba por su cuerpo, el dolor indescriptible de un parto que la tomó por sorpresa, el juicio de su padre y madre ignorando lo

sucedido, las miradas acusatorias de la gente y el peso de no entender, de no saber cómo siendo niña era ya madre.

Recuerda cómo al pasar del tiempo pensó encontrar el amor en alguien sin saberlo buscar primero en ella, cuando inmersa en ese falso amor y con otra vida creciendo dentro, huyó de casa dejando atrás el pueblo de cielo estrellado y playa que la había visto crecer, para después de unos meses darse cuenta de que los cuentos de hadas no existen, que alguien que te ama no te encierra bajo llave por meses sin ningún tipo de contacto con el exterior, a miles de kilómetros de tu familia. ¡Cuánto valor tuvo que reunir para escapar, para tomar a su bebé en brazos y huir en medio de la noche, para subir a un autobús en un lugar desconocido y regresar a casa, soportar sin alimentos un viaje de más de una semana y los estragos del hambre en el cuerpo de ambas!

Recuerda el crujir de las tostadas en sus dientes al masticarlas y sacarlas de su boca para poder darle algo de comer a su bebé, recuerda el sabor de la sobrevivencia.

El desierto tras la ventana del autobús la empezó a hacer sentir cerca de casa; contemplar el océano en la carretera escénica le devolvió cierta paz, pero fueron los verdes y resplandecientes campos agrícolas los que le hicieron sentir el cobijo del hogar. El abrazo de su hija le disipa el recuerdo, toma la canasta de fresas y emprende camino.

Sofía

Sofía se alisa el cabello frente al espejo; es corto, fino, suave pero no frágil. Lleva en sí mismo la fuerza de quien sobrevive a la enfermedad; sus ojos brillan hoy más que ningún otro día, su piel parece tener otro color. No puede evitar percatarse de su belleza; a sus 50 años se sabe hermosa, fuerte, valiente, sabia, cada vez más cercana a sí misma. ¡Quién lo hubiera dicho! Hace algunos

años no pensaba esto de ella, no pensaba siquiera en ella misma; su vida giraba en torno al esposo, a los hijos, al trabajo, a las labores del hogar.

Termina de peinarse y se pone el sombrero. Toma las llaves del auto y su bolso, saca las almejas ahumadas del horno, las coloca con cuidado en el asiento trasero y sale de casa.

Mientras conduce por el puente Santo Domingo observa la majestuosidad de las montañas. El sol parece iluminar con mayor intensidad La Peña Colorada como si la vida quisiera recordarle el poder que en ella habita. Al voltear la vista, el océano se asoma como un hilo dorado al horizonte. No pudo evitar recordar las innumerables veces que quiso visitarlo y las ocupaciones diarias que se lo impidieron: que la comida debía estar a cierta hora, que los proveedores del negocio familiar necesitaban respuestas, que había que ir por los hijos a la escuela y después llevarlos a sus actividades recreativas, y cuando al fin sobraba tiempo, “que una mujer no puede andar a esas horas en la calle”.

¡Cuántas cosas había dejado de lado por satisfacer primero a otras personas! Y es que así era la vida: casarse joven, pasar de estar bajo la instrucción severa de padre y madre conservadores a estar bajo las órdenes del esposo. Así una aprende qué es el amor, pensaba, así nos dicen qué es. ¡Qué equivocada estaba!

No fue el cáncer haciendo estragos en su cuerpo el proceso más amargo que le había tocado atravesar el último año, sino el abandono y la indiferencia del ser en quien había depositado todo el amor, todos los años, toda la vida. El negocio familiar no era más de una familia, la casa que habían construido siendo jóvenes no era más su hogar, sus plantas ya no eran suyas ni la taza del café tenía ya su café. No son las paredes, no son los objetos, no son los bienes materiales los que importan; son las historias que cuentan, es la vida inmersa en ello. ¿Cómo se recuperan todos esos años? ¿Cómo aprende una a reconstruirse?

A pesar de todo esto, por primera vez se sentía ella, libre, fuerte; ahora se escuchaba y se seguía. Siempre quiso pintar, escribir, viajar; ahora lo hacía. El abrazo de su hija ya adulta y de su joven hijo la fortalecía, le hacían saber que en ellos habitaba la dicha de aquellos años. Ahora le tocaba a ella escribir su propia historia. El viento de San Quintín entra al auto al bajar la ventanilla, las gaviotas sobrevuelan el auto, está a unos metros de su destino.

Siena

Siena sale presurosa del trabajo, revisa el celular y ve que una vez más se le ha hecho tarde, pero le entusiasma tanto este encuentro que ni siquiera contempla la idea de cancelar. Sube a la camioneta y se dirige al supermercado más cercano. Ponerse y quitarse el cubrebocas se han vuelto movimientos casi automáticos del cuerpo; el desinfectante, la temperatura, la sana distancia. Sale del mercado con una botella de vino en la mano y se dirige a su siguiente parada.

—Buenas tardes, diez tacos de pescado para llevar, por favor —pide al despachador de la Taquería Meléndrez.

—Seguro que sí — le responde.

—Voy en camino — dice en una nota de voz que envía desde su celular mientras conduce. El traqueteo de la terracería y el viento no le permite escuchar bien el audio respuesta. Los árboles se mecen como si danzaran. Pone un poco de música para sentir más corto el trayecto, se siente libre, contenta; después de días tormentosos, hay en ella claridad.

Piensa en la situación actual, en el escaso trabajo, en lo difícil que ha sido aprender nuevas formas de subsistir, en el duelo que hemos tenido que transitar muchas personas, en la abuela de quien tuvo que despedirse pero está presente todos los días, en las ausencias y vínculos rotos; piensa en las mujeres cercanas a ella, en lo distintos que son sus procesos de

vida y todo lo que le han enseñado, en la oportunidad de crear vínculos y cosas nuevas juntas, en las posibilidades distintas de amar lejos de la hegemonía y el dominio. Cree que es posible; quiere trabajar para ello. Piensa en la casita propia que se quiere construir, en el refugio cerca del mar, en que aun cuando todo esto queda en los lienzos y textos, nada sana como el abrazo de las amigas.

Por la ventanilla se observan cada vez menos casas, uno que otro pitayo adorna el paisaje, los matorrales pasan de marrón a verde en un minuto y el aire ya huele a sal. El romper de las olas se escucha cada vez más cerca.

Sobre la arena la esperan Juana y Sofía. Ella se sienta a su lado, coloca sobre el mantel los tacos y el vino que con las almejas ahumadas y la canasta de fresas completan el menú.

— ¡Aquí estamos!

Un largo y cálido abrazo de tres es el saludo inicial de tan esperado reencuentro. El sol empieza a despedirse, el cielo y sus nubes se tornan rosas y violetas con destellos de luminosos naranjas; un atardecer esplendoroso les cobija.

Tres mujeres, tres historias que contar; el mundo las deshace muchas veces, pero juntas se vuelven a dar forma.

Les queda el océano, les queda la vida.

## El paisaje

Alfredo Ramírez

Otro día más de camino a la parada del autobús. Camina tembloroso por el frío que golpea su cuerpo y la brisa le moja el pañuelo que cubre su rostro. Tras abordar el camión hacia su destino, el paisaje se comienza a asomar los campos agrícolas que con sus colores embellecen nuestro Valle, el Valle de San Quintín. El azul del mar junto con el rojo del amanecer y el morado de las montañas crean un bello espectáculo.

Al fin en su destino, comienza su jornada. Las cuadrillas toman su lugar mientras él se concentra e ignora el dolor que siente en las piernas y la espalda, un dolor que hace días lo ha acompañado. Avanza, así como si no hubiera mañana. Como si ese dolor no lo acompañara. Lo único que importa es llevar comida a su mesa.

Llega al final de la jornada y de regreso a casa. Se relaja con una almeja y una buena cerveza mientras él vuelve a disfrutar el paisaje. Ese paisaje que lo acompaña día a día, un cielo que es trazado con pinceles. Y así con ese paisaje está listo para iniciar otro día, mañana.

## Postal carretera de S.Q.

Jacqueline Campos

Te voy a contar algunas cosas que veo al transitar entre las comunidades de San Quintín y Vicente Guerrero, las cuales están separadas por 22 km de campos agrícolas o terrenos sin cultivar. En este relato te narro lo que me impresiona al recorrer 44 km en mi ir y venir continuo desde el 2018 a la fecha.

El camino es un prisma de impresiones en mi mente. Es una carretera estrecha y recta, de dos carriles, peligrosa y traicionera. Todos los que viven en este Valle pueden relatar que algún pariente, amigo o que él mismo estuvo involucrado en un accidente tratando de llegar o salir de aquí. Los fines de semana se incrementan los accidentes y se escuchan sirenas de vehículos de emergencia en las horas de oscuridad, principalmente de ambulancia, bomberos o policías. La mayoría de los accidentes que ocurren se publican en las redes sociales de páginas locales de pseudo noticias, administradas por aficionados a los accidentes. Ahí, sin ningún pudor, siempre se revela el exceso de velocidad y el alcohol en los siniestros.

En el día se pueden ver en la carretera muchos cadáveres de perros atropellados, depositados a un costado o sobre la carretera. La mayoría se descomponen sin que ninguna autoridad municipal intervenga en su retiro. A nadie parece importarle que las vísceras de algunos perros estén a punto de estallar, revelando mayor pestilencia en lugares públicos. He visto a grupos de personas comer en puestos a orillas de la carretera, a dos metros de un cadáver de perro. Me parece que el polvo que arrojan los autos y que levanta el viento cubre a los cuerpos en descomposición muy lentamente; pero la mayoría de los canes atropellados sobre el asfalto se desintegran con más rapidez debido al continuo tránsito sobre sus restos de los camiones de transportes ABC; autobuses escolares con jornaleros; taxis; autos particulares sin

placas o con placas americanas, conocidos como “autos chocolate”, que son los que más circulan sin ninguna multa o detención; tractores agrícolas de grandes dimensiones que retrasan el tránsito; tráilers de doble cabina o una cabina, y motociclistas.

Dos veces llamé a la oficina de gobierno de San Quintín pidiendo que levanten el cuerpo de un perro muerto grande que se encontraba a las afueras de un colegio. No tuve éxito. El cadáver permaneció días y días, mientras padres de familia iban y venían por sus hijos como si fuera invisible e insalubre aquel cuerpo... y de la misma manera parecía invisible para la mayoría de los conductores y caminantes.

Un conocido señor, que se transporta en silla de ruedas a la orilla polvosa de la carretera en San Quintín, a veces se le mira en el mercado *Stoker* o el *Oxxo* de la gasolinera. Con la silla de ruedas, este personaje de cerca de 60 años, que sufre de alcoholismo, sorteja su suerte tratando de cruzar el asfalto o pidiendo limosna. Otros personajes que son comunes de ver caminando a la orilla en el día son jóvenes o adultos con apariencia de situación de calle y adicciones. Algunos de ellos caminan sin zapatos o sin camisa con bajas temperaturas, sin mostrar frío. Otros tienen desgarrados y sucios los pantalones que dejan ver la mitad de sus nalgas. Algunos en cuclillas defecan sin pudor. Hay quienes corren y gritan como escapando de un fantasma; y si te estacionas en alguna tienda sobre la carretera, te abordará sin tu permiso un “trapero”, que es alguien que hará como que limpia el polvo de tu auto con un trapo asqueroso. Si tienes suerte no te abordará o no te rayará el vehículo. A mí los traperos me hacen sentir insegura.

Si miras los campos de cultivos mientras transitas en época de cosecha, los verás verdes con múltiples líneas paralelas de surcos nutridos con clorofila que se pierden en el horizonte rumbo al mar del Pacífico o rumbo a la sierra. En los terrenos sin cultivar, en ciertas temporadas se miran centenas de reses de engorda color café rojizo, negras o color paja, pastando en un mundo de alfalfa y polvo, sin prisas, con la inocencia propia de un ganado de praderas.

En la carretera veo remolinos de viento cruzar los pastizales y terrenos calvos. Llevan vientos de entre 65 a 110 km/h, que se forman o deshacen en pocos minutos. Lo mejor es cuando se logra ver las siluetas de algunos de los volcanes, así como la sierra imponente. “Carretera Transpeninsular” es el nombre del camino que recorre como columna vertebral desgastada los ejidos en el valle. Es valiosa porque en ella se manifiestan con protestas particulares, cuyos protagonistas consideran que son problemas de todos, o manifestaciones discretas de problemas sociales que deben de ser de todos, pero parecen no importarle a nadie más que a los propios afectados.

El acompañamiento de un cortejo fúnebre suele afectar el tránsito a cientos de conductores en pocos minutos. Recuerdo un cortejo de tráilers acompañar el cuerpo del chofer que en vida fue amigo de ellos; el último viaje al cementerio del Ejido del Papalote. Afectaron el tránsito de forma escandalosa. Cada uno de los veinte tráilers oprimía el claxon sin parar un viernes por la tarde. Mucha gente se quejaba; les hacían señas groseras para mostrar su enojo... Yo estaba fascinada viendo esa experiencia por primera vez. Me sentí conmovida por el duelo de sus compañeros; parecía por ese acompañamiento un ser muy amado en vida. Los que vivimos y conducimos en carreteras como las del Valle debemos recordar que nos jugamos la vida cada vez que transitamos el asfalto. Piénsalo, ni tú ni yo sabemos cuándo será nuestro último viaje.

## Ausente

Maron Páez

Siempre me he encontrado en una búsqueda constante del amor y la protección de una madre, no por el hecho de no tener una, sino por la carencia que tuve de ese amor y protección de parte de la mía.

No me atrevería a decir que mi madre no me quiere. Soy su primera hija, su “gorda”, como ella me dice. Realmente creo que hay una parte de ella que quiere a su hija y una parte de mí que la quiere a ella, pero mi madre siempre ha sido muy compleja. Creo que ni ella ni yo nos tratamos como tales, quizá porque no nos hemos dado esa oportunidad o quizá hemos tratado tanto que el solo volverlo a intentar cansa.

Desde pequeña mi madre demostró a pasos chiquitos que sería una madre ausente; al principio nos distanciaba el trabajo, más tarde el cansancio, después el alcohol y finalmente una ciudad.

No recuerdo haber precisado de mi mamá para aprender a abrocharme las agujetas, leer un libro o peinarme una coleta, pues siempre estuvo otra persona haciendo ese papel en su lugar, aunque, en algún punto de mi infancia la necesité. Nunca se lo dije porque no creí que necesitaba hacerlo; se supone que una madre vela siempre por la seguridad de sus hijos, los protege, los cuida y defiende. O por lo menos eso es lo que dicen. Al principio la mía no lo hizo, pero yo tenía la esperanza de que en algún momento lo hiciera (aún me queda un poco de esa esperanza), pues no me importaba que no me hubiese cuidado o protegido, yo estaba dispuesta a perdonarla; solo necesitaba que creyera en mí, pero tampoco lo hizo. Fue más fácil enviarme lejos que quedarse conmigo.

Fue entonces cuando me di cuenta que, si antes la sentía lejana de mí, después de ese momento se abrió un abismo de distancia entre ambas que pareciese aún no cerrar. Me aparté

completamente de ella, dejando su casa y la ciudad. Pasé de tener una madre a una abuela paterna que nunca pude ver como madre por su constante rechazo.

Durante ese tiempo logré encariñarme con la mamá de una de mis amigas que durante algunos años llegué a considerar como mi hermana. Quería mucho a mi amiga, pero en algún momento llegué a preferir pasar el tiempo con su mamá que con ella. Supongo que inconscientemente mi necesidad del cariño materno me sobrepasó tanto que terminé haciendo creer que quería ocupar el lugar de mi amiga como hija, aunque esa nunca fue mi intención. Un día de pronto no supe más de ellas.

Tiempo más tarde compartí los mejores dos años de mi vida con mi abuelita materna. Esta mujer preciosa, fuerte y valerosa es lo más cercano que he conocido a una madre.

Mi mamá Lupe supo hacerme sentir lo que busqué por años. Los hijos de ella siempre dicen que también fue una madre ausente por el trabajo, pues crio a sus siete hijos sola. Estoy segura que debió ser difícil, sin embargo, para mí fue suficiente el amor que me brindó. No era de esas mamás que estaban todo el tiempo pendiente de lo que hacía; de hecho, ella fue muy clara conmigo al decirme que yo ya era lo suficientemente lista para cuidarme y que ella ya no estaba en edad de estar detrás de una niña. Aun de esa manera, el solo saber que ella estaba esperando por mí en casa, compartir una comida en la misma mesa, oler su perfume al entrar y salir de aquella morada o darle un beso en esos cachetes blandos, me hacían amarla y sentirla como mía.

Mi tía Aseret cuidó de mí cuando era pequeña; ella era quien tomaba el rol de mamá cuando la mía se ausentaba. Realmente teníamos una relación de madre e hija. Hacíamos todo juntas y fue quien me inculcó los mejores valores que tengo como persona. Recuerdo que muchas veces le externé mi deseo de que fuera mi madre, e incluso llegué a pensar que ese lugar lo merecía más que la mía, pero ella, con esa nobleza tan particularmente suya, me respondía que siempre estaría ahí para mí, sin embargo, yo tenía una mamá que me quería mucho y nadie podía quitarle ese lugar (realmente era muy noble). No obstante, tenía razón. Ella siempre

estaría para mí y eso era más que suficiente, pues solo ella y yo sabíamos el cariño y amor que nos teníamos la una a la otra.

Durante siete años nos alejaron sin ningún tipo de comunicación, pero la vida da muchas vueltas, y algunos amores (como el nuestro) sobrepasan el tiempo y las adversidades, por lo que después de esos años volvimos a estar juntas, aunque ahora la relación que llevamos es más bien de iguales, como un equipo que va deconstruyendo, reconociendo y aprendiendo una de la otra intentando recuperar los años perdidos.

Sobre mi madre, ella sigue siendo compleja. A veces la busco, como también su cariño. En ocasiones puedo sentir reales sus abrazos; de vez en cuando puedo escuchar un te amo de sus labios después de algunas copas. A veces encuentro a mi madre, otras solo veo a una mujer que no reconozco. Pero así es mi madre, ausente. A veces la encuentro y a veces la pierdo.

## Estallido de grises

Damián Lazo Gonzales

El tema de hombres y mujeres siempre me pareció confuso. Realmente entiendo que las mujeres sufren en ocasiones discriminación. Soy hombre y no puedo decir que comprendo eso, pero normalmente no les presto atención a los problemas de sexismo, género, orientación sexual y ese tipo de cosas. No me malentiendas, es solo que si no me afecta algo, ¿por qué buscaría que me afecte? Es por eso que cuando una amiga quiso discutir conmigo sobre los problemas de ser mujer, solo la escuché y me fui.

Ella estaba molesta por una razón que desconozco, pero decía que ser mujer era muy desventajoso, ya que ellas sufrían solo por el hecho de ser mujeres. Realmente para ahorrarme problemas solo la escuché y no opiné. En un punto ella mencionó que los hombres no tenían problemas y que lo teníamos todo resuelto por el hecho de ser hombres. Sinceramente yo creo que ser mujer o ser hombre lleva sus ventajas y desventajas. Explicaré por qué: un detalle en los hombres que siempre ha sido notorio es que los sentimientos no son tan fáciles de explicar. Siempre escucho a muchas chicas decir que solo lo hacemos para no sentirnos menos hombres, pero no es algo que pueda englobar a todos, o al menos a los que conozco. El demostrar los sentimientos no es algo malo y no lo vemos mal, pero, a diferencia de una chica, los chicos no solemos expresar sentimientos como un arcoíris lunar, sino más parecido a un destello de grises que envuelve todo a su paso y que, por lo tanto, es nuestra responsabilidad mantener a todos a salvo de esa neblina.

En mi caso particular, creo que si estoy mal no debo transmitir ese sentimiento a los demás. Al estar triste debo superarlo por mi cuenta o la próxima ocasión que algo pase no lograré avanzar. Al no expresar los sentimientos te obligas a no depender de otros y eso genera que, en ocasiones cuando alguien necesite ayuda, puedas brindarla con mayor seguridad.

Por otro lado, los sentimientos fuertes y las experiencias delicadas no son siempre fáciles de demostrar. En ocasiones el ser sincero con otros solo genera pequeñas grietas que, al juntarse en una sola persona, pueden derribar la muralla que tanto tardamos en construir.

En mi caso puedo decir por experiencia que en ocasiones es mejor guardar tus sentimientos en una pequeña caja, esperar a que alguien que los quiera ver, se esfuerce en buscarlos y muestre que vale la pena desempolvarlos para entregarlos a una persona que, sin importar lo que encuentre, los trate con delicadeza y felizmente pueda mirarte y decir —ahora yo los guardaré—.

## Marta

Amber Osen Minjarez Osuna

Estaba en la cancha de la escuela junto a mis compañeras. Practicábamos lanzamientos de pelota, pues en unas semanas iríamos a competir con otros equipos de basquetbol. Me perdí las primeras tres clases al llegar a la escuela, pero hubo una a la que sí pude entrar: la clase de mi profesora de Español. Segundo edificio del segundo piso a la izquierda, último salón.

Me daba pereza caminar tanto después del entrenamiento. Tomé mi camino y subí las escaleras. Acomodé mis libretas, plumas y la tarea que había puesto el día anterior. Dio su clase como de costumbre, puso una tarea y, cuando iba a leer, la maestra me habló. Me sorprendí, pensaba que me regañaría o que diría que había hecho algo mal. Me puse a pensar que no quería tener problemas con mis papás, pero cuando estuvimos afuera, su mirada cambió y me preguntó, *¿Estás bien?* No entendí el porqué de la pregunta, hasta que me di cuenta de que me lo decía porque después del entrenamiento mis mejillas estaban coloradas y me miraba cansada. Sonreí y le dije que no pasaba nada, pero ella volvió a insistir; sabía que pasaba algo y yo no. Nunca me di cuenta.

Meses atrás no lo quería reconocer. Mi baúl de recuerdos se había abierto después de mucho; guardé esos recuerdos para no lastimarme, para poder olvidar, pero al final volvió a escaparse. Esos escenarios volvieron a estar ahí.

Ella me miraba de una forma amable y preocupada, solté en llanto y le conté de aquella experiencia. Se acercó y puso su pulgar en medio de mis cejas acariciando mi ceño fruncido; me limpiaba las lágrimas mientras decía que no había sido mi culpa, no sabía que necesitaba escuchar esas palabras. Fue mi soporte durante los últimos meses al terminar la secundaria. Tal vez para muchos fue una maestra estricta, sin chiste, rezongona o molesta, pero para mí fue una mirada de consuelo, un abrazo con amor y palabras dulces. Fue mi apoyo durante muchos

días. La recuerdo con cariño y esa forma de hablar que siempre fue tan particular y sarcástica de ella.

## La nueva lista de asistencia

Abigail Smith

Los pasillos se hacían largos y las escaleras aún más altas. Pocas veces he tenido tanto miedo de asomarme a un salón. La busqué; no estaba su mochila. Algo se había apagado. Aún no sé con certeza si fue ella o yo quien silenció la luz.

No había ni un solo ruido; hubiera preferido que me bombardearan con preguntas, exámenes finales o proyectos pendientes, en lugar de sus miradas llenas de compasión imprudencial. Hubiera preferido que ignoraran el temblor de mis manos, que no me abrazaran ni me sobaran el cuello; hubiera preferido que ella me buscara a mí. Que me buscara de nuevo para pedirme una regla o algún apunte.

Las ideas se me entumieron cuando me lo afirmaron—¡Wey, Amalia se murió ayer—. Cuánta frialdad había que me rajaba las entrañas en pleno febrero y cuánta calidez tendrían sus recuerdos que me descongelaron las ganas de llorar. Ningún maestro quiso justificar mi falta ese día y la mujer de la cafetería no entendía mi orden. —Algo salado— dije sin pagar.

Las cosas ya no tenían sabor, los baños ya no se veían igual, ni las canchas o el corredor. Todo enmudecía, perdía el color. Me asfixiaban los pasillos, las ventanas, los asientos se sentían estrechos para mi pena tan grande. La escuela no es la misma y no lo será nunca.

Algo de mí también murió en la explanada durante su minuto de silencio. Aún entre pesadillas me asomo a su salón. La busco, su mochila ya no está, nunca estará; pero sus faltas en la lista ahora tienen justificación.

## Rebeca; mi madre

Rebeca Smith

Los cabellos necios recubren cual manto a las vírgenes de catedral. No es una virgen, tampoco una santa; es solo mi madre, título que se le dio sin preguntar hace diecisiete años cuando ella tenía casi mi edad. Era niña, era mujer, era madre y en esta etapa de su vida, a sus treinta y cinco años, ha vuelto a ser Rebeca. Ese es su nombre, seis letras que me pesan como toneladas. No me hubiera gustado llevar su nombre. ¡Por los dioses!, qué peso tan fuerte cargarían mis rodillas.

Tiene los ojos del color de la madrugada; en ese tenue amanecer entre lo amarillo y lo ámbar. Cuando yo era una niña, al reflejarme en ellos solía crispas miedo y pánico, e incluso un desmayo. Ahora la veo y es lo más cercano de donde quiero estar. Siempre le temí a la mujer que era: solitaria y decidida, fuerte y estricta en desesperación. Le temí a la mujer, no a mamá.

Ella preparaba panecillos de plátano, manzanas con canela y *spaghetti*. Mamá cantaba cúmulos de canciones y nos pintaba las uñas. En cambio, la mujer se ensordecía y aullaba los sábados por la noche.

Mamá cree en dios, fe que creo debería tenerse más a sí misma; mamá fue en el pasado dios para mí. Dios salvó a sus discípulos y mamá me salvó de papá. Nunca hubo diferencia entre mamá con papá o mamá sola. Ambas estaban tristes, querían amor, querían curar a la mujer.

Paul es el nombre de mi padre; es un hombre en cualidad de lo que tiene entre las piernas. Da sin querer, procrea sin amor y se rinde sin pelear. Mamá me salvó de ser como Paul; me propuso tan solo conservar lo que el ADN me dicta, algunos de sus gustos y el reprochable estímulo por abandonar el mundo. Me salvó de él, pero no de ella, no de la mujer.

Siempre la entendí, nunca quise hacerlo. Terminé sintiendo lo que ella cuando advertía “desaparecer un día”, sentimiento que a veces se me vuelve rutina.

Amo a mi madre y respeto con franqueza la mujer que ha sido, es y será. La amo y se lo digo tantas veces como pueda. ¿Sabes por qué? Para que se dé cuenta lo complicado que es, si alguien tan roto y difícil como yo puede quererla, y sea capaz de amar con la única fuerza que le queda. Que no se conforme con menos de nadie.

Admiro a mamá por ser mujer, por lidiar con ella y con todos, por querer ser mi mamá.

Admiro a la mujer que ha resucitado tantas veces. Admiro su entereza y sus antojos. Admiro que la mujer ame ser madre y quiera ser Rebeca.

## Libre albedrío: el exterminio del MMXX

Jesús Alberto Arteaga Torres

La paz mental, la armonía espiritual y el sentir tu cuerpo son decisiones que muchas veces no tomamos en cuenta hasta que tu Ser, cansado, te pide a gritos que pares un momento y escuches la melodía de la tranquilidad. Llegué a ese punto en donde la ansiedad te consume y tu mente te arrincona en una esquina de ese gran laberinto lleno de obstáculos, como lo son las dudas y las confusiones. Así es como me sentí después de los primeros dos meses de confinamiento.

No sabía hacia dónde ir, pero tenía claro que debía moverme. Utilicé mis habilidades primitivas para “sobrevivir”; traté de luchar, de oprimir, y lo peor que pude hacer fue ignorar lo que sentía. En ese momento mi mente era un tren a todo vapor.

Después de cuatro meses prisionero de mis propios pensamientos y del poderoso virus, me encontré sin nada de esperanza en medio de la celda en la que se había convertido mi cuarto, rodeado del miedo y la angustia. El exterminio era mental y físico, pues también se vive en todas las calles del mundo. Ese virus que sigue matando sin piedad, logró cambiar nuestras vidas de un día para otro.

Me encontraba muy perdido en mi cuarto hasta que un rayo de luz entró sin permiso y me extendió su mano: era el libre albedrío; se me presentó en el momento en que me sentía muy ignorante y cansado. Decidí acompañarlo y conocerlo.

En él encontré un mundo lleno de posibilidades, de libertad. Me incitó a conocerme mejor: mis miedos, mis tormentas, mis habilidades y destrezas. Me enseñó a meditar, aceptando todo lo que soy y lo que está pasando, pero... no iba a ser tan fácil salir del hoyo mental y menos del aislamiento social, ya que esto último es una ley mundial que la vida nos impone.

El libre albedrío no era tan bueno como pensaba. Me mostró su mal uso, pues una vez que decides vivir tu vida al máximo siendo egoísta, te hace inconsciente de la “realidad social”, como en este caso del virus. Muchas personas tomaron la decisión de salir a lugares no esenciales; lamentablemente, algunas de ellas, si no es que la mayoría, ya no están con nosotros en este mundo, pero lo peor es que se llevaron a gente cercana y familiares.

Este virus es el asesino actual. Aquel que no haga caso a la distancia social es muy probable que sea afectado. El exterminio es real y aún no termina, la guerra entre la medicina y el virus es cada vez más fuerte; nuestros soldados se vuelven menos y muchos los recordaremos como nuestros héroes: nuestros médicos. La esperanza aún sigue y cada día que pasa es un día más cerca de nuestra victoria. No sabemos qué pasará, pero sí sabemos que nada es para siempre.

Han pasado once meses desde que apareció este enemigo. Todos los días estás en riesgo y por eso debes andar con mucho cuidado. Nos dimos cuenta que lo más importante en la vida es nuestra salud y la de los demás. Mi salud mental está mucho mejor que antes. Aún no gano la batalla por el bien, ni la ganaré, porque siempre surgirá un aliado nuevo, pero tampoco la perderé porque de ellos aprendí y seguiré aprendiendo. Eso es ser humano y ser humano no es ser perfecto. Cada quien lucha su propia batalla y somos seres racionales, lo que te hace único en tu especie. Ahora me siento muy afortunado de aún seguir en este mundo y, si quiero cuidar a los demás, me tengo que cuidar yo.

El virus continúa, pero yo decido estar bien conmigo mismo y seguir aprendiendo. El libre albedrío no es tan bueno ni tan malo; él te trata como tú lo tratas, y hoy así nos tiene en el exterminio del poderoso virus.

## Rizos castaños

Maylin Ávila

Desde pequeña mis padres han dejado claro que puedo hacer lo que quiera respecto a mi cuerpo. En casi todas mis fotos de bebé me confunden con un niño por las vestimentas y peinados que me hacían. No siempre era todo rosa. A veces, era azul, amarillo o hasta negro. La idea de que solo el rosa pertenece a una niña o el azul a un niño no es algo que a la mayoría de mi familia le interese; mientras que no afecte a nadie y la persona sea feliz, está bien. Aunque no siempre fue así.

Recuerdo que mi cabello era muy largo; caía en ondas castañas con pequeños rizos al final de un tono dorado. A mi mamá, abuela y tía les encantaba peinarlo, pero a mí no. Me impedía jugar a las atrapadas con mis amigos varones porque me atrapaban más fácil, siempre tirando de él y haciéndome retroceder. Lo odiaba. Cuando llegaba a casa de la primaria, toda despeinada por un recreo algo alocado, los regaños y preguntas de lo que había sucedido no se hacían esperar, cosa que temía, pues a mis padres casi no les gustaba que me juntara con niños, y menos si me jalaban el cabello. Siempre le terminaba diciendo a mi madre que se me atoraba en la silla y, cuando lo jalaba, cometía un desastre (que, en parte, también es verdad) y le proponía que, si quería que esto parara, tendría que cortármelo, pues estaba harta de él.

— Lo pensaré — decía, volviendo a sus quehaceres—. Lo hablaré con tu papá.

Al día siguiente, mi cabello ya estaba tan corto que rozaba mis mejillas. Estaba feliz, contenta, porque ahora podría jugar con los carritos de mis amigos en el suelo sin temor a que mi larga melena se ensuciase. Por fin podría ser yo. Mi madre y mi abuela estaban contentas ya que no paraba de saltar, sintiendo la libertad que me traía aquel corte. Aunque debo de admitir que mi abuela se puso algo triste por la decisión que tomé, aún seguía peinándolo y haciéndome pequeñas colitas. Todos estaban felices, excepto mi tía.

—Pareces hombre. No sé qué pensaban tus papás al dejarte hacerlo— había dicho, después de recibirme en su casa como cada semana.

Sus palabras me calaron. ¿En serio parecía hombre? Ya me había dicho que tenía la cara de mi padre, pero nunca que parecía un niño. ¿Había hecho mal? ¿Cortarme el pelo significaba que ya no sería niña? En ese tiempo apenas estaba cursando mi segundo año de primaria, así que no estaba informada con respecto al significado de género. Solo sabía lo que mi tía decía: si una niña tenía el pelo corto, quería ser un niño y viceversa.

¿Quería ser un niño? Me gustaba jugar con niños, ya fuera a los carritos o a las atrapadas, pues las niñas de mi edad solo estaban sentadas jugando con sus muñecas, cosa que a veces me entretenía pero llegaba a ser un tanto fastidioso, por lo que prefería irme con mis amigos. Pero esa duda seguía ahí, lo cual me causaba algo de inseguridad. Mi madre se dio cuenta, así que no tuve más remedio que contarle mis inquietudes.

—Tu tía está loca —dijo mientras acariciaba mi cabeza—. Eres lo que quieres ser, jamás te debe de importar lo que digan los demás. Solo tú tienes derecho a decidir sobre tu cuerpo, vestimenta o peinado.

Al escuchar las palabras de mi mamá, me sentí mejor. Ella estaba ahí para apoyarme, al igual que mi abuela y mi padre, así que la opinión de mi tía no importaba más.

Seguí con mi cabello corto; cada vez que crecía, lo volvía a cortar. Mi tía aceptó esto unos meses después de que mis padres hablaron con ella, y su hija, que al igual que yo, se cortaría el cabello. Hasta la fecha le recuerdo lo que me decía, pues ahora ella tiene el cabello corto, pero me dice que son tiempos diferentes o argumenta que es por el clima. Hoy puedo presumir unos lindos rizos castaños caídos en mi pelo corto.

## Asco

Briana Yahaira García Gálvez

“Me das demasiado *asco*”, son palabras que hasta la fecha me siguen marcando. Tenía miedo de ir a clases y encontrármelo porque sabía que en algún momento él me atacaría. Al principio lo consideraba mi amigo, pero todo empeoró con el tiempo. Pasaban las clases y en algún momento del día él lo mencionaba, “me das asco”. Me causaba tanto conflicto que en algún momento llegué a pedir ayuda a una maestra; traté de comentarle del tema.

¿Por qué no lo dije? Bueno, su actitud engreída me dio una señal de que no quería saber del tema. Después de eso no pedí más ayuda.

Mis compañeros escuchaban cuando él lo decía, y me preguntaban, “¿Por qué no lo detienen?” Desde ahí me volví más callada de lo normal.

*Asco*: palabra que me marcó tanto hasta el punto de realmente darme asco a mí misma. Odiaba mi cuerpo, odiaba mirarme. Esa fue la primera vez que no quise existir. Mi mamá dice que esto cambió mi actitud: estaba enojada todo el tiempo, ya no platicaba con ella y no quería ir a la escuela.

Recuerdo el momento en el que ella se enteró de esto. Una tarde callada y tranquila, ambas peleamos. Corrí a mi habitación, después de un rato entró a hablar conmigo y me preguntó:

—¿Qué pasa? —ella lo había notado. Me solté en una tormenta de llanto, diciendo—. Me doy asco, me da asco mi cuerpo y no quiero vivir —a mi madre le lloraron los ojos. Le conté todo lo que estaba sucediendo. Ella inmediatamente quería ir a la preparatoria para solucionar el problema, pero me negué. Yo quería solucionar el problema o dejarlo pasar.

Después de días, me enteré por aquel chico que realmente no le daba asco, simplemente estaba pasando por problemas en casa y se desquitaba conmigo. ¡Ja! Como si fuera un simple saco de box. Como si fuera una cosa sin sentimientos.

Él me pidió disculpas. Las acepté, pero ahí no se terminó para mí; aún me daba asco, aún no podía mirarme al espejo y sentir que no quería existir. Encontré a alguien especial para mí, mi psicóloga, una persona que me ha ayudado en este proceso, además de mi familia de soles y amigos. Ella me hizo amarme de nuevo, logró que pudiera verme en el espejo y sentir que no daba asco.

*Asco*: una palabra que hasta el día de hoy me ha marcado mucho. Aún me cuesta amarme, pero lo hago. No soy un saco de box, no soy alguien a quien puedas llenar con palabras de odio y esperar que esté bien.

## Susurros del corazón

Edwin Miguel Gutiérrez Salgado

Mi corazón latía tan rápido que creía que se me saldría del pecho. Los dientes me rechinaban cada que chocaban entre sí. Realmente tenía miedo; el niño que me acosaba estaba frente a mí. Sus labios formaban una media sonrisa y mis ojos llorosos y piernas de papel no podían sostenerse. Sus palabras quedaron sembradas en mi corazón y consciencia. Hasta el día de hoy no puedo borrarlas. A veces creo poderlas oír y les temo todavía.

Toda mi vida escolar he sufrido situaciones de acoso, desprecio, insultos y discriminaciones por creer en lo que creo, por ser como soy, por no ser igual que ellos. Realmente quisiera cambiarlo, cambiar algunos aspectos que me molestan.

Las palabras que me han dicho aún me duelen, para ser honesto. Creo ser todo lo que ellos dicen: ser estúpido, inútil, tonto y me causan miedo. Sé que no debería creerlas, pero es inevitable, soy inseguro de mí. No creo que pueda volar y si lo hiciera sería con alas prestadas.

En mi tercer año de primaria, después de todas esas ocasiones de acoso, un día valientemente decidí decirle a mi maestra lo que me sucedía, pero no fue suficiente. El mocoso parecía no detenerse. Cada vez se me hacía más difícil asistir al colegio. Mis papás me preguntaban si algo me sucedía y no sabía qué decirles. Era como si el acosador me siguiera a la casa y estuviera ahí señalándome con el dedo en la boca para que guardara silencio. Todo parecía estar bien, creía que mientras nadie lo supiera no pasaría nada, pero él seguía molestándome y burlándose de mí.

Finalmente decidí hablar con mis papás y decirles lo que sucedía. No pasó mucho tiempo luego de que ellos decidieran hablar con sus padres.

¡Vaya sorpresa! Los padres del mocoso eran muy amigos de los míos años atrás, ¡hasta habían ido a la boda de mis padres! Mi padre decidió tomar la palabra y les contó lo que pasaba

con su engendro. No era para menos, ¡santa friega que le plantaron al mugre niño!... Pero no fue suficiente. Él seguía molestándome.

Cuando mis padres decidieron cambiarme de escuela finalmente tuve paz y tranquilidad. No había nadie que me dijera nada ni que me intimidara, solo había paz. Algunos maestros me veían raro y me decían que era muy distraído, pero nunca entendía por qué si yo les prestaba toda la atención posible.

Terminé la primaria por fin. Después de 3 años entré a la preparatoria, y ahí estaba: un grandulón de casi tres metros, enorme, forzado e invencible. Mi temible acosador.

Mis piernas se tumbaron y caí de golpe al suelo, no podía creer que ahí estuviera.

# ESPECTROS



## Lotería de pandemia mexicana

Jacqueline Campos

Los orígenes del juego de la lotería se ubican en el remoto país de Italia, llegando a México en 1769. Al inicio este juego de mesa era para entretenimiento de la clase alta, y años después, en la época de la Independencia, fue popular entre los soldados como entretenimiento durante las largas jornadas en vela entre batallas y descansos. Durante la famosa cuarentena, que de cuarenta días no tuvo nada, muchas de mis amistades con hijos escolares, y a su vez muchas de las amistades de mis amistades, retomaron este juego en familia como pasatiempo en casa para afrontar el encierro.

Ignoro si existen estadísticas que revelen un incremento en las ventas de este juego, pero sí encontré varias páginas que lo recomiendan para distraerse y afrontar la contingencia junto con el turista mundial. Uso la lotería de inspiración para relatar algunas anécdotas propias o de las cuales fui testigo, así como notas y noticias que quedaron en mi memoria por causarme un impacto personal. La lotería mexicana tiene 54 cartas, cada una dedicada a un elemento que resalta en México desde 1800. Yo juego con algunas de estas cartas para reinterpretarlas y evocar situaciones de cuarentena en relación con el COVID-19. Te invito a leerme y divertirme 😊

### LA DAMA

María García planea viajar a la ciudad de México en dos meses para asistir a la boda de su sobrino Samuel. Ella ve por internet aerolíneas en busca de vuelos que se ajusten a su presupuesto, al mismo tiempo que su esposo le comenta que quizás cancelen los viajes en avión

pronto a causa del COVID-19 que está afectando a varios países en Europa y Asia. María García reza para que no se cancele su compra. Desea mucho asistir a ese evento. Elige un par de boletos redondos para ella y su hijo de 7 años. Al llegar el ansiado día 21 de febrero de 2020, maneja de San Quintín al aeropuerto de Tijuana para abordar. Ve que nadie usa cubrebocas y que solo se toma la temperatura y se usa gel antibacterial. Ella se siente tranquila y disfruta el viaje... pero al llegar al aeropuerto de la CDMX ve que los trabajadores del aeropuerto y cerca del 25% de la multitud en general usa cubrebocas, por lo que se siente inquieta de no traer cubrebocas alguno para ella y su pequeño.

El deseo de María se cumple y pasa una semana de vacaciones que aprovecha igual que un amante de los carbohidratos que comenzará una dieta rígida inevitable, y se da sus últimos atracones antes de tal martirio. Ella y su hijo asisten a la boda, el acuario, los museos de historia natural y antropología, los centros comerciales y cines cercanos al domicilio de su suegra, quien la hospeda... María tenía un hambre de salir y pasear con su hijo porque sospechaba que pronto estarían privados de todo esto. El 29 de febrero regresó al aeropuerto de la CDMX, donde calcula que más del 25% estaba usando el cubrebocas. Ella se arrepintió de no tener un par de estos objetos para ella y su hijo. Durante el vuelo, rezó para que todo estuviera bien en el despegue, el aterrizaje, y para que... el señor sentado detrás de ella, que iba estornudando, no tuviera el famoso COVID-19.

Cerca de 30 días después, múltiples vuelos serían cancelados y restringidos en todas las aerolíneas comerciales mexicanas, pero los costos de los vuelos bajarían de precio significativamente tras la drástica reducción de venta. Por otra parte, María García y su familia hasta el momento no se han contagiado de COVID-19 y carga a todos lados el cubrebocas, el gel antibacterial y las toallas desinfectantes; ya no ve a sus amigas y se la pasa encerrada en su casa, como tantos otros prisioneros de la cuarentena.

## EL MUNDO

En marzo del 2020 el presidente de México dio aviso oficial de poner al país en cuarentena. Los negocios que fabrican cubrebocas, gel antibacterial, guantes de látex, lentes de plástico transparentes, caretas plásticas, papel de baño, tanques de oxígeno, jabones, toallas y aerosol antibacterial, y vitaminas se enriquecieron de la noche a la mañana, al mismo tiempo que los vendedores de noticias ciertas y falsas, en todos los formatos. Ahora es obligatorio el uso del cubrebocas en espacios públicos y comienzan a ser comunes las fotos con cubrebocas; incluso hay quienes miran con desprecio a quienes no portan cubrebocas por más sencillo o sucio que este sea. Un cubrebocas en los primeros trimestres de la cuarentena se vende a \$15 pesos en promedio... tendrá que pasar un año para que se venda a \$5 pesos.

Esto me hace recordar un video indignante que miré en las redes sociales donde una ancianita que comúnmente aseas las calles del centro de una ciudad de provincia, y que recolecta plásticos y/o latas de aluminio en el suelo, sufre del acoso con multa por el personal de ayuntamiento y policías municipales, sumando cinco personas acosándola. Ella fue retirada a la fuerza por “no traer cubrebocas”. En el video de su detención se la ve con llantos y gritando por ayuda que no llegó. Tomando en cuenta que el kilo de plástico que la abuelita recolecta lo pagan en promedio a \$4.50 pesos, significa que ella tendría que recolectar más de un kilo de plástico para comprar un cubrebocas desechable. Esto ocurrió al acercarse el primer mes de cuarentena. Ella era una mujer de cerca de 70 años, *i n d í g e n a*.

Ese mismo mes, otra imagen popular muestra a una mujer política dando un discurso público “sin cubrebocas” porque lo había usado para cubrir el micrófono mientras hablaba. De eso hicieron un llamado “meme” en las redes sociales y, por cierto, no la multaron ni la sacaron a la fuerza.

## EL BORRACHO

Frases célebres de Don Gumaro:

—¿Qué tiene que ver la cerveza con la pandemia? ¿Por qué hay ley seca?

—Si mis manos se emborracharan, hoy tendrían cirrosis de tanto gel antibacterial.

—¿Por qué cierran los expendios de Tecate? Para mí y para muchos, sí es un artículo de primera necesidad.

Los productores y vendedores de vino en Baja California y el mundo se han visto afectados en sus ventas al igual que los productores y vendedores de cerveza del estado. Baja California es la cuna de marcas como Tecate (cerveza) y L.A. CETTO (vino). Estas empresas se vieron afectadas en mayo del 2020 por el anuncio del cierre de las plantas productoras que no se consideran “esenciales”. Las estadísticas del sector comercial de alcohol declaran que el país es el número uno a nivel mundial en exportación de cerveza hasta el 2019; pero ahora estas industrias se ven afectadas, despidiendo personal. Los hombres son los que consumen más alcohol en México y algunos de ellos se ven afectados por la prohibición de venta del producto. Es interesante destacar que los borrachos o la mayor cantidad de alcohólicos en el país, según la encuesta realizada por la Secretaría de Salud y el Instituto Nacional de Salud Pública, se encuentran en Chihuahua, Zacatecas, Coahuila y Yucatán. Esto me recuerda una nota periodística en el portal de internet del “Diario de Yucatán” donde se reportó que el incremento del consumo de alcohol doméstico para desinfectar las manos, en forma líquida y en gel, cobró muchas vidas de los llamados “teporochos” (personas alcohólicas) en el puerto de Progreso durante los meses de julio y agosto del 2020. Ese año Quintana Roo no prohibió la venta de alcohol, solo limitó el horario de expendios, por lo que hubo gente que al quedarse sin empleo se dedicó al contrabando casero. Por cierto que uno de mis conocidos en Mérida se aventó

varios viajes incursionando en este negocio y, afortunadamente, desistió antes de ser descubierto por los retenes de militares en las carreteras de Cancún-Mérida en aquel 2020.

“Ha habido 2.187.910 contagios y 197.219 muertes relacionadas con el coronavirus en el país desde que comenzó la pandemia”, según datos publicados hasta el viernes 19 de marzo del 2021. Todo empezó, “dicen que con un amigo del amigo, del amigo que le dio COVID”... Luego de unas semanas lo que contaban era más próximo, “dicen que a un amigo de mi amigo le dio”... Avanzamos otras semanas y ahora decíamos “a un familiar de mi amigo”... o “en mi familia”. Hoy creo que todos podemos contar con los dedos de ambas manos a personas de nuestra red familiar o de amigos que tiene a alguien que perdió la lucha contra el coronavirus. Las diez principales formas de morir en el 2020, según la OMS, fueron las cardiopatías, accidentes cerebrovasculares, enfermedades pulmonares obstructiva crónica, infecciones en las vías respiratorias, afecciones neonatales, cáncer en tráquea, bronquios y pulmón, enfermedades de Alzheimer y otras demencias, enfermedades diarreicas, diabetes, nefropatías (exceso de presión arterial). Entre estas se clasifican las muertes por COVID 19.

De primera mano el padre de un amigo que vive en San Quintín falleció por coronavirus. En su familia, cerca de 4 integrantes sufrieron el contagio y dos perdieron la vida. Mi amigo, después de acompañar a sus familiares en la incineración, tuvo que guardar 15 días de aislamiento en el ejido el Papalote, donde se destinaron cuartos especiales para personas que se sospeche que podían desarrollar la enfermedad. Nunca presentó síntomas, y al final de su cuarentena personal regresó al trabajo y a su casa.

El padre de la esposa de un familiar murió el 3 de agosto del 2020 a la edad de 81 años; sufría de demencia senil. El médico que lo atendió durante varios años confirmó la causa de la muerte como propia de sus afecciones de la edad y sin contagio de COVID-19. Sin embargo, a

la familia no se le permitió velar a Don Hilbert Augusto Moguel, quien dejó a diez hijos con la tristeza de no darle la despedida luctuosa que se merecía. Además los obligaron a incinerar el cuerpo y a aceptar un certificado médico con la declaración de muerte por COVID-19, aun sabiendo que era falso. El propio organismo de Salud Pública lo emitió. El caso que relato ocurrió en la comunidad de Kanasín, en el estado de Yucatán; pero estoy segura de que habrá miles de casos similares en el país. Oí decir de muchas personas que a todos los que no mueren en accidentes o asesinados los están clasificando con COVID-19. Pero el proceso luctuoso que más me impactó lo he visto en San Quintín y a través del *Facebook*. Una madre de familia (con gran personalidad y calidad humana que tuve el gusto de conocer) murió súbitamente por esta terrible enfermedad. Sus familiares, limitados por cumplir las reglas y protocolos sanitarios, no pudieron hacerle la ceremonia que la señora merecía (tanta gente que la quería acompañar en su último adiós no pudo hacerlo, incluyéndome). Entonces transmitieron en vivo la ceremonia y por breves minutos vi un hermoso ataúd, rodeado de decenas de coronas florales fúnebres. Fue una noche de baja temperatura, en un lugar con toldos tipo carpas y a campo abierto, con sillas separadas lejos unas de otras, la gente llenando de lágrimas los cubrebocas y sin poderse abrazar para consolarse en el dolor. Ninguna familia merece pasar por eso; si ya la muerte y su virus te quita a quien amas, la política de salud te termina de matar el alma sin poder consolarte en los abrazos de amigos y familiares, que tanta falta hacen en momentos tan difíciles y amargos.

No me cabe duda alguna de que la muerte usa maquillaje y que este año no se les dio respeto ni dignidad a los fallecidos y sus familiares. Los duelos complicados se multiplican en cada rincón y duelen más por la frialdad de las políticas públicas, que parecen lógicas, pero son injustas en muchos casos. En este mismo sitio he visto restaurantes-cantinas con más gente adentro de sus instalaciones, sin cubrebocas, tomando cervezas de las que aparentemente se

permiten y sin quien los multe... pero no vaya ser una funeraria porque ahí sí que aplican la norma.

## Número de lista: 19

Martina Rojas Nava

“Nadie sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido”, es un dicho muy popular, más en el Municipio de San Quintín. En la madrugada del 16 de marzo de 2020, desde las 3:00 de la mañana se alcanzaba a respirar, como otros días, el aroma de café desde algunas casas de familias jornaleras. Mientras, yo abría los ojos y recordaba que, cuando niña, era la hora que yo disfrutaba con mi familia y mi papá me decía: *“Ande hija, levántese para irnos a trabajar, porque usted tiene que aprender desde niña que el pan, los harapos y huaraches se compran trabajando, no durmiendo”*. Una década después me di cuenta de la razón que tenía mi padre.

Era un nuevo amanecer, sin embargo, parecía como si todos los amaneceres se repitieran del mismo modo: el tráfico reinaba sobre la Carretera Transpeninsular como de costumbre. Aunque cada uno de los únicos dos carriles que componen la carretera era del tamaño justo de un carro, la gente no se quejaba, pues aquí la mayoría vemos más lo bueno que ponernos a divagar por lo que hay o no hay. Y como les decía, empezaba el tráfico con los camiones que transportaban a los jornaleros y los carros particulares.

Todos hacíamos nuestra vida de manera divertida, monótona, rutinaria; algunos teníamos planes, otros haciéndolos sobre el camino, pero todo se hacía por sobrevivir. En San Quintín, cada tarde disfrutábamos de la belleza y esperanza que pintaba el sol mientras se sumergía en el mar del Pacífico. Yo me sentaba en el corredor de mi casa a esta hora para terminar mi planeación. Recuerdo como si hubiera sido ayer cuando, en la tarde, salió de la cocina uno de mis hijos a preguntarme lo que estaba pasando y que si era cierto que no habría clases al día siguiente. Sorprendida me levanté de la silla y le pregunté a qué se refería, me invitó a ver las noticias. Me fui a la sala y la conductora de televisión mencionaba que *“en algunos países del mundo empezaba a enfermar y morir gente a causa de un virus muy contagioso, por lo que todos debíamos*

*quedarnos en casa y evitar salir a menos que fuera de extrema urgencia*". Mi familia y yo nos quedamos en suspenso; nadie dijo nada, decidimos ir a descansar y esperar lo que pasaría al amanecer.

No podía conciliar el sueño de tanto pensar en lo que pasaría, principalmente con mis alumnos; pero tenía que descansar, así que traté de escuchar el canto de los grillos del jardín y poco a poco cerré mis ojos.

Al día siguiente desperté tarde. El calendario del celular marcaba 17 de marzo. Salí afuera a dar gracias al señor Sol; se sentía la tibia mañana que nos regalaba, pero aun así, los encuentros de las miradas seguían en suspenso. Me fui a trabajar como de costumbre, intrigada por la información que nos darían y lo que pasaría. Al llegar a la escuela, la directora nos dio la información de que las clases se cancelarían de manera presencial hasta nuevo aviso por la situación delicada que se empezaba a vivir en el país y en otros, referente al virus. Se continuaría con las clases a distancia, a través del medio más accesible de acuerdo al contexto del alumnado. Después de dicha información, acudí a mi salón de clases a explicarles el tema a mis alumnos y los retiré a sus casas. Iban saliendo todos, tristes y asustados por la noticia; algunos ya habían escuchado la información a través de sus compañeros y padres, pero todavía no alcanzaban a creer y asimilar la situación. Una alumna se esperó al final, la alumna número 19 de la lista; se acercó al escritorio y me preguntó por qué el virus era tan malo y si moriríamos todos al salir. Yo le contesté que no, pero habría que cuidarse mucho evitando salidas para no contagiarse. Entonces ella me dijo:

—Tengo miedo, maestra, tengo miedo por lo que está pasando. Y yo sí quiero seguir viniendo a la escuela porque mis papás trabajan todos los días, mis hermanos y yo nos venimos a la escuela y aquí estamos acompañados por ustedes; aquí nos dan almuerzo y en casa llegamos a comer y con eso libramos el día. Dígame, maestra, ¿qué haremos si es que dejamos de venir a la escuela? Maestra, ¿qué haremos?

—Tranquila, 19 —le contesté—. Tranquila, todo estará bien. Ve a tu casa; ya le avisé a tus papás. No te preocupes que todo estará bien.

Mientras 19 se alejaba, no pude evitar sentir un nudo en la garganta, porque la verdad ni yo sabía lo que seguiría.

Así, se iniciaron las clases a distancia un 18 de marzo del 2020. Fue un verdadero reto para mí, y para la mayoría de mis alumnos fue peor porque no tenían teléfonos; los únicos que tenían eran los padres de familia, quienes prestaban a sus hijos sus celulares por las tardes al salir del trabajo porque todas las tareas y planeaciones se empezaron a enviar por medio de las redes sociales. Algunos padres de familia de mis alumnos no contaban con ningún dispositivo para mantener comunicación, y una de ellas era 19; por eso a ella le entregué un cuadernillo. Pasó una semana y empecé a llamar a mis alumnos para mantener comunicación con ellos, pero con 19 no conseguía la manera de hablar. Pasados los días, logré conseguir el número de celular de una de sus tías y le pedí de favor me comunicara con alguno de los papás de la niña, pero me dijo que ella andaba cerca y le daría el teléfono para platicar con ella.

—Hola, maestra.

—Querida, alumna 19, ¿cómo estás?

—Verá, maestra, por dónde empiezo...

—Te escucho, miya, aquí estoy.

—Verá, todo estaba bien en mi familia. Por las tardes nos reuníamos a comer, mis hermanos y yo compartíamos un plato de comida y mis papás el suyo. Pero un día llegó mi padre con calentura y, en lugar de cenar como siempre, nos dijo que prefería descansar porque se sentía muy cansado. Al día siguiente quiso levantarse para ir a trabajar, pero ya no pudo. Su frente estaba muy caliente y desde ese día dejó de comer; así estuvo por unos días en la casa, sólo tomando agua. Mi mamá lo quería llevar al médico, pero no tenía para el pasaje; apenas era miércoles, faltaban tres días para sábado y hasta entonces le entregarían su cheque. A los vecinos no les pidió prestado porque ellos estaban en la misma situación y desde que mencionaron ese virus, todo mundo estaba temeroso de acercarse a alguien más. Pero dijo mi papá que él se aguantaba porque era solo una calentura, y así pasaron esos días.

Por fin llegó el sábado. Entonces mi mamá se levantó muy temprano y se fue al rancho donde trabajaba a cobrar. Llegó a la casa corriendo por mi papá y se lo llevó al hospital. Yo la acompañé, maestra, y cuando subimos al micro la gente se alejaba de nosotros, abriéndonos paso, mientras que mi papá empezó con la dificultad de respiración, y en la siguiente parada bajó toda la gente y solo nos quedamos nosotros tres con el chofer, quien aumentó la velocidad y nos dio raite al hospital.

«Cuando llegamos, estaba lleno de enfermos en la sala de urgencia y fuera de ella. Yo me quedé con mi papá afuera y mi mamá entró corriendo a pedir ayuda, pero le dijeron que estaba lleno el hospital y que esperara su turno. Yo veía a mi papá cambiar de color poco a poco; mi mamá le daba agua para que aguantara, pero él decía que no le sabía a nada. Lo hubiéramos llevado a otro hospital, pero ya no había más que ése, el que atiende a la gente sin pedirles constancia de trabajo. Y ni cómo ir a un particular porque mi mamá no tenía dinero, apenas lo que había cobrado... Por fin, salieron dos personas del hospital, cubiertas con un traje que parecía de astronauta, a recibirlo en una camilla. Al poco rato, ese mismo día, le pidieron unas cosas a mi mamá para comprar y en eso se terminó su sueldo de la semana. Mis hermanitos se habían quedado en la casa, así que mi mamá se quedó con mi papá y yo me vine a mi casa a cuidar de ellos.

«Al llegar estaban llorando de hambre. Les preparé un atolito de tortilla seca que había sobrado el día anterior. En la noche tomamos agua con azúcar y nos dormimos contentos de que papá ya estaba en el hospital y mamá con él.

«Al despertar, me levanté, calenté agua y, para darle sabor, le eché azúcar como le hacía mi mamá; lo acompañamos con unas tortillas tostadas en las brasas. Al poco rato llegó mi mamá, pasó derechito al cuarto y empezó a guardar la ropa de mi papá. Yo me acerqué para ayudarla; ella me miró y soltó en llanto, y desde ese día ya no volvimos a ver a mi padre. Dice mi mamá que en el hospital solamente salió un médico y le dijo que mi papá se había ido, que ya no regresaría más.

«Desde entonces mi mamá se guarda su distancia de nosotros, como le dijo el médico en el hospital. Y para obedecerla, mis hermanitos y yo nos pasamos el tiempo dentro de nuestro cuartito mientras ella está en la cocina moliendo y preparando agua con azúcar para que sepa mejor. Y no se lo he dicho a mi mamá, maestra, pero el agua dulce, aunque le echa azúcar, a mí me sabe amarga...

## Diario en pandemia

Julia Celeste Pérez

Diciembre 2019

La taza de café se enfría sobre la mesa. Casi se acaba el mes, el año. Desayuno parada porque otra vez se me hace tarde; mientras lo hago reviso, como todas las mañanas, lo nuevo en las redes sociales. Hablan de un extraño virus en China, supuestamente proveniente de un murciélago. Me parece poco relevante; total, este pueblo está muy lejos de todo aquello.

1 de enero 2020

Celebramos el Año Nuevo en familia. La comida estuvo deliciosa, bailamos hasta el amanecer; los músculos de las piernas me duelen aún ahora. Son las 11:00 de la mañana y apenas desayunaré; el recalentado y la familia esperan. Las bromas sobre el ya famoso virus no se hacen esperar, COVID-19 le llaman. Lo vemos distante, incapaz de alcanzar siquiera nuestro país en caso de que sea real, porque a decir verdad no confiamos en el sistema y su aplastante manipulación mediática.

20 de febrero 2020

Parece ser que es cierto, hay casos ya en varios países, los noticieros no hablan de otra cosa. Me parece abrumador la importancia que los medios le dan al asunto, aún me cuesta creer que no mienten. En el salón de clase mis estudiantes se cuestionan la veracidad de las últimas noticias. Bromeamos, no queremos creerlo, pero dentro de nosotros la duda empieza a carcomernos. A mí me aterran otras cosas: la embolia que ha atacado a mi abuela de forma inesperada, ella que parecía tener la fuerza de un roble ahora está postrada en cama. El mundo como yo lo conocía dejó de existir.

1 de marzo 2020

La abuela sigue enferma, recae constantemente, se recupera por momentos. El peso de no verla realizar sus actividades cotidianas nos arrastra. Las cifras de las personas contagiadas por el virus crecen. Ya se escucha de casos en Baja California. Ha viajado rápido; ya no tengo dudas de que es real, pero sigo pensando que fue provocado por cierta élite. Somos simples fichas de ajedrez a merced de unos cuantos.

16 de marzo 2020

La abuela empeoró hace una semana; está hospitalizada y su estado es grave. Por esa razón suspendí clases de arte inesperadamente. Hoy, lunes, los medios de comunicación anuncian suspensión de clases en todo el país a causa del virus. Yo me desmorono en la sala de espera del hospital. No pude despedirme de ninguno de mis estudiantes. Los niños y las niñas dejaron el lienzo a medio pintar en el caballete; los jóvenes y adultos se despidieron de la última clase con un “nos vemos el lunes”, sin saber que no volveríamos a vernos por largo tiempo. Me parecía ser parte de la escena de una película, de esas en las que sucede una tragedia y la gente tiene que dejar su hogar de forma repentina, apoderándose de ella el polvo, las telarañas, el transcurrir del tiempo.

La angustia por la situación de la abuela era tan grande que no dejaba mucho espacio para otras emociones.

Abril 2020

El sistema educativo trabaja a distancia, surgen nuevos métodos para estudiar en línea, el internet es ahora nuestro único contacto con el mundo, la red nos teje.

Mi abuela ya está en casa, en la comodidad de su cuarto, pero aún presa de su cama y su cuerpo. Con la mirada puede decirme muchas cosas, repetirme las historias que me ha contado una y otra vez. Yo soy ahora quien se las cuenta; en sus ojos veo el brillo de los recuerdos, de todos sus andares.

Mayo 2020

La abuela está cada vez peor; mi mente sabe que esto es una despedida, mi corazón se resiste a creerlo. Su cuerpo es ahora muy delgado, sus ojos tristes, pero aún tiene fuerza para apretarme la mano cuando le hablo. Algunos días en los que la vida le inunda el cuerpo se pone a cantar, a mover su brazo alzado como acariciando el aire que la cubre; otros días se limita a usar su mirada como lenguaje.

Se sabe ya de varios casos COVID en el pueblo, algunos de ellos son personas cercanas, pero todavía se escucha decir a la gente, “mentiras del gobierno, eso ni existe”. La abuela no entiende por qué sus hijas y nietos entran a verla con la mitad de su rostro cubierto.

La vida ha sido buena contigo, abuela; te apartó de ver el caos que hoy vivimos.

Junio 2020

La abuela se ha ido de su cuerpo después de cinco meses de estar en cama, de padecer dolor, de tener hambre y no poder saborear comida sólida. Se fue arropada bajo sus cobijas, en su habitación, con sus hijas cerca. Llegué a su casa lo más rápido que pude, le tomé la mano, no sé si aún habitaba su cuerpo o ya solo la habitación, pero me gusta creer que ahí estaba, que escuchó cuando le dije por última vez que la quería. Se lo dije tantas veces como pude, todos los días que estábamos juntas, pero quería que lo escuchara otra vez.

Su mano continuó en la mía mucho tiempo. La temperatura de su piel fue bajando gradualmente hasta ser fría, pero al abrazarla todavía podía sentirla.

La gente asistió a velar su cuerpo, más personas de las que pensé, con cubrebocas, con distancia a veces no tan sana, con el dolor carcomiéndonos por dentro, pero agradeciendo el tiempo que la vida nos concedió a su lado.

Aún hoy pesa su ausencia, no he sabido cómo decir adiós. No sé si logre aprenderlo algún día.

Julio 2020

El mes en el que nací, la vida como la conocía ya no existe. Después de cuatro meses sin salir de mi habitación más que para ir de mi casa a la de la abuela y de la casa de mi abuela a mi casa, empiezo a visitar las playas más solitarias de mi comunidad, buscando que el viento y la sal disipen un poco la tristeza.

La vida me trae regalos las veinticuatro horas que dura mi cumpleaños: ofrendas de amor, vínculos que se fortalecen y me sostienen, momentos que serán inmortales en mi memoria. Veo morir el día y nacer la noche frente al océano rodeada de personas amadas; un manto de estrellas me cobija.

Septiembre 2020

El ahorro en la cuenta bancaria se agotó. El trabajo por comisión no alcanza ni para lo básico. Las clases de arte en línea se acabaron; es demasiado pesado para los niños y las niñas involucrarse en otras actividades, ya no les es sano pasar más horas tras la computadora.

Las estudiantes adultas reanudaron actividades laborales hace meses; reclaman ese espacio donde podían convivir mientras pintaban. Les es necesario el contacto humano aunque tengan que verse solo la mitad del rostro y aguantar las ganas de abrazarse.

Reanudamos clases presenciales con todas las medidas de precaución posibles, trabajamos en el patio bajo la sombra de un gran árbol. Escucharnos nos hizo recuperar un poco la paz.

Diciembre 2020

Despedimos el año y ya no somos lo que éramos; muchas familias ya no están completas. Hemos perdido seres amados, amigos, conocidos. Tenemos miedo de acercarnos demasiado a otros, de tocar superficies, de salir al mercado, de olvidar lavarnos las manos. Sobrevivimos temerosos

del devenir, caminamos dejando atrás fragmentos de nosotros, somos seres incompletos, una especie de *zombies* emocionales que aparentan ser lo que antes eran.

2021

Aprendimos nuevas formas de comunicarnos. El conocimiento nos espera tras la pantalla, formamos vínculos a distancia, permanecemos escuchándonos, el cubrebocas parece ya parte de nuestro rostro, la cantidad de contagios sigue en aumento en el pueblo, la gente sigue muriendo, peligrosamente hemos aprendido a ver esto con normalidad. Continuamos la vida conscientes de que vivimos bajo riesgo, creamos nuevas formas de trabajo, olvidamos cada día un poco nuestra antigua vida, omitimos casi en su totalidad el contacto físico, nos aferramos con todas nuestras fuerzas a nuestra humanidad, nos hemos acercado a quienes estaban distantes.

Salimos a la calle olvidándonos a ratos del virus que nos acecha. Somos sobrevivientes, pero no sabemos por cuánto tiempo, no nos atrevemos a pensar en ello; la pandemia no se extingue. Este no es el final de la historia, pero nos gusta creer que sí.

## COVID 19: una pesadilla inesperada

Cristobalino Reyes Tapia

Yo—. *Tan, taran tatán, taran tarantatáta taran tan tán...* —canto y suspiro—. Es bueno sentirse bien en todo momento, recorrer la vida y con un buen de alegría, la vida es bondadosa, sí. No cabe duda. La familia bien y ni cómo quejarse, tenemos lo básico y somos felices... ¡Gracias, Dios mío, por ser tu consentido! ¡Ajúa! —reflexiono—. Este día frío aún guarda algo de diciembre. Ojalá venga algo de calor, mis verduras se desarrollan cada día más. Estoy ansioso por compartir.

Era un día normal, como tantos. Mis tarareos llegaban en voz baja y mi distracción se enfocó en revisar algunas verduras plantadas, eso me brinda un gran placer. Me salí a juntar la basura tirada en la calle.

De repente pasa el carismático Chema, iba a toda prisa; con música algo peculiar, le reconocí por el contagioso sonidito ruidoso de su mofle.

Chema es un joven alegre que vive a escasas cuadras, característicamente despeinado y piel morena, su familia es de la costa de Guerrero. Regularmente llega a casa vendiendo pescado. Le saludé sonriente, aunque hacía romper mi ambiente de tranquilidad y, al mismo tiempo, mis oídos escuchaban un curioso ritmo musical. Mis tarareos estaban en pausa. Traía, a todo volumen, una peculiar cancioncita llamada *The show must go on*.

Esa peculiar canción la había escuchado en la presentación de un luchador mexicano, lo cual me extrañó, pues era raro escucharla por las calles de la colonia. En fin. Alcé mi mano, sonriente, sin prestar tanta atención. Simulé no oír nada.

De repente, Chema frenó agresivamente; manejaba un carro Cherokee de color verde, bastante ruidoso.

Chema—. ¡Ey! Aguas, no te vaya a agarrar el Coronavirus.

Yo—. ¿El qué?

Chema—. El coronavirus—me repetía, como diciéndome todo.

Chema—. ¿No sabes qué es?

Yo—. No, ¿de qué hablas, Chemistri? —le pregunté.

Chema—. ¡De lo que acaba de pasar! ¡Ya valió! Hay disque una “pandemia” y según es muy fuerte. ¡A ver cuándo llega por acá!

Yo—. Ah caray, ni idea de eso... yo ni en cuenta. Vivo tan feliz que ni las noticias miro.

Chema se ríe—. ¡Pues aguas, eh! Quién sabe cómo nos va a ir. Por lo pronto me voy al mar, a ver qué saco. Estos días frescos no dejan que los pescados se acerquen. Ahí nos vemos, Cris.

Yo—. ¡Ándale, que te vaya bien!

Me quedé limpiando y pensé que solo estaba vacilando. Entré a la propiedad y me senté bajo la sombra de un árbol de guayabo; la temperatura era inestable, en ratos frío y luego calor. Busqué la palabra *coronavirus* y aparecía en varios portales de internet como una alarma mundial. Me sorprendió la noticia, pero más la forma en la que la recibí. Sentía un pausado análisis, mis tarareos anteriores desaparecieron, poniéndole atención a las noticias que leía.

Nota periodística:

Hoy, 11 de marzo del 2020, la Organización Mundial de la Salud calificó como pandemia el brote del virus COVID-19 por la cantidad de casos de contagio y de países ya involucrados...

Yo—. ¡Caray, ese Chemistri tenía razón! ¡Lo veo y no lo creo! ¿Y ahora qué va a pasar? No, no, no. Esto, no debería de pasar, ¿y si solo es una falsa alarma?

Así fue como, rápidamente, me metí a mirar más información y recurrí a compartir a través de los grupos en las redes sociales lo que tenía de información. Sorprendentemente mis conocidos y familiares también compartían y comentaban el mismo tema. Los ecos y sonidos de la vibración de mi celular agotaban la batería del mismo. Yo, dudoso, trataba de guardar la

calma, pero a la vez me preocupaba, mis pensamientos se interrumpían y pensé en irme lejos a mi pueblo en Oaxaca, ya que la lejanía y lo poco frecuentado tal vez impediría la llegada del brote.

También llegué a pensar qué pasaría con mi familia y pertenencias. De la calma al miedo, de lo seguro a lo inseguro, o peor, miedo a no estar preparado para morir.

Los segundos pasaban con rasposo viento; no me asentaba ni el frío ni el calor. Ese sonidito de música del Chema se convertía en una vaga alarma, mis sentidos reflexionaban la sorpresa de la noticia y lo poco habitual de los sucesos.

Pensé que tal vez había llegado el tan mencionado “fin de los tiempos”.

Yo—. ¡Ah, qué Chema y sus “noticias”! —sonreí, moviendo la cabeza de lado a lado—. Me dan ganas de preguntarle quién se robó el pollo de doña Mago —reía sin sentido. Sentía un sarcasmo sátiro al reírme de mis propios miedos. Algo entre preocupación e incertidumbre.

Al mirar las medidas sanitarias y la forma de prevención, me di a la breve tarea de conseguir guantes, mascarillas, cloro y artículos alimenticios, así como reservas de agua. Lo que me afligía y me daba un poco de tranquilidad es que tenía al menos unas cuantas verduras y una gallina ponedora llamada Casimira, porque estaba un poco tuerta. Esa gallina creció en casa; había llegado sola, no creo que fuese la que se le perdió a doña Mago. No pude evitar reír al pensar en las “coincidencias” sobre Casimira.

De la risa a lo serio, recurrí a investigar más y a compartir información de lo más reciente.

Pasaron los días y las semanas hasta que un día 23 de noviembre del 2020 aparecieron casos de personas infectadas en el municipio de Ensenada, aquellas personas conocidas. Aumentaron más casos. Mi latir comenzaba a acelerarse y a entristecer por no poder hacer nada para ayudar y ni siquiera saber qué sucedería conmigo en caso de contagio. Por mi mente rondaban distintas opciones; me costaba mucho hacerme a la idea en la forma que se daría el

distanciamiento de la gente. Pensé hacer una pausa en mi vida y reservarme a plantar más árboles y verduras como método de distracción y ocupación.

Se supo posteriormente que existían supuestos casos falsos de ese dicho virus, e incluso algunos artistas le ponían “folclor musical chusco”. ¡Muy a lo mexicano que se ríe incluso de sus desgracias! Creo que esa actitud es muy característica acá en México. Mi reflexión sobre este tema es que tal vez a esos artistas les da por reírse ante las desgracias debido al miedo a lo incierto. Como a mí con la gallina y con el travieso de Chema.

Ya en diciembre, por primera vez en mi vida, experimenté aislamiento, incertidumbre y pena ajena por los tristes casos que fallecían en fechas navideñas. En casa, descansé por la tarde noche, antes de las ocho, resignado y no. Así que me fui a la cama con rodadas lágrimas, sintiendo alivio y agradecimiento por mi afortunada salud.

A inicios de enero del 2021 me tocó ser testigo de reclamos en el Seguro Social de la localidad por el triste robo de medicamentos caros para tratar el COVID-19. Los medicamentos valían más de 27 mil pesos y al parecer los mismos médicos y enfermeros los revendían a otros contagiados. También se supo que estaba en gran aumento el llamado “Semáforo rojo” (como se le decía al alto índice de contagios en Baja California).

Afortunadamente, para inicios de enero del 2021 llegaron las primeras vacunas a Baja California. Hasta hoy, 18 de marzo del 2021, la sociedad y la salud, al parecer, hacen comunión y un gran respiro de esperanza. Solo faltaría ver para cuándo se reanudan las clases presenciales que tanto le hacen falta al calor humano junto al natural ritmo de convivencia.

¡Esperemos que pase pronto!

La humanidad tendrá que hacer una reflexión de vida y funcionalidad; la fe y la racionalidad deben tener como bandera la salud y la paz mundial. Las generaciones futuras se habrán de discernir en un futuro para la existencia, de ahí dependerá el éxito humano y la duración de este hermoso paraíso llamado planeta Tierra.

En cuanto a mí, viviré intensamente y con pausada moraleja. Tengo grandes retos por lograr; espero llegar a avanzada edad y que el mundo celebre el ritmo, tal como lo disfruta Chema robando gallinas.



## SEMBLANZAS

(3 páginas más).